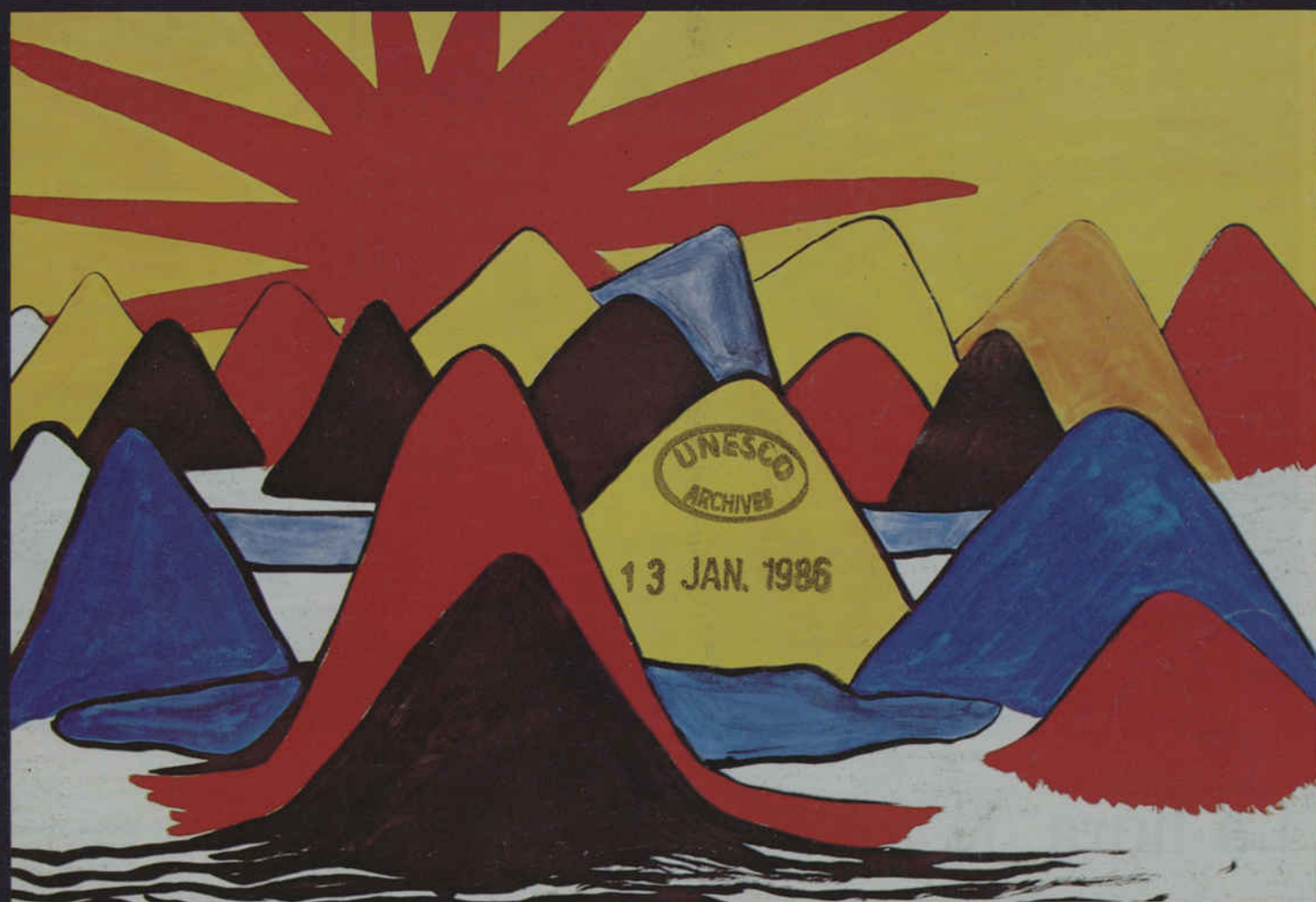


UNESCO

El Correo

OCTUBRE 1985 - 7 francos franceses (España: 175 pesetas)

UNESCO 1945 Nacimiento de un ideal



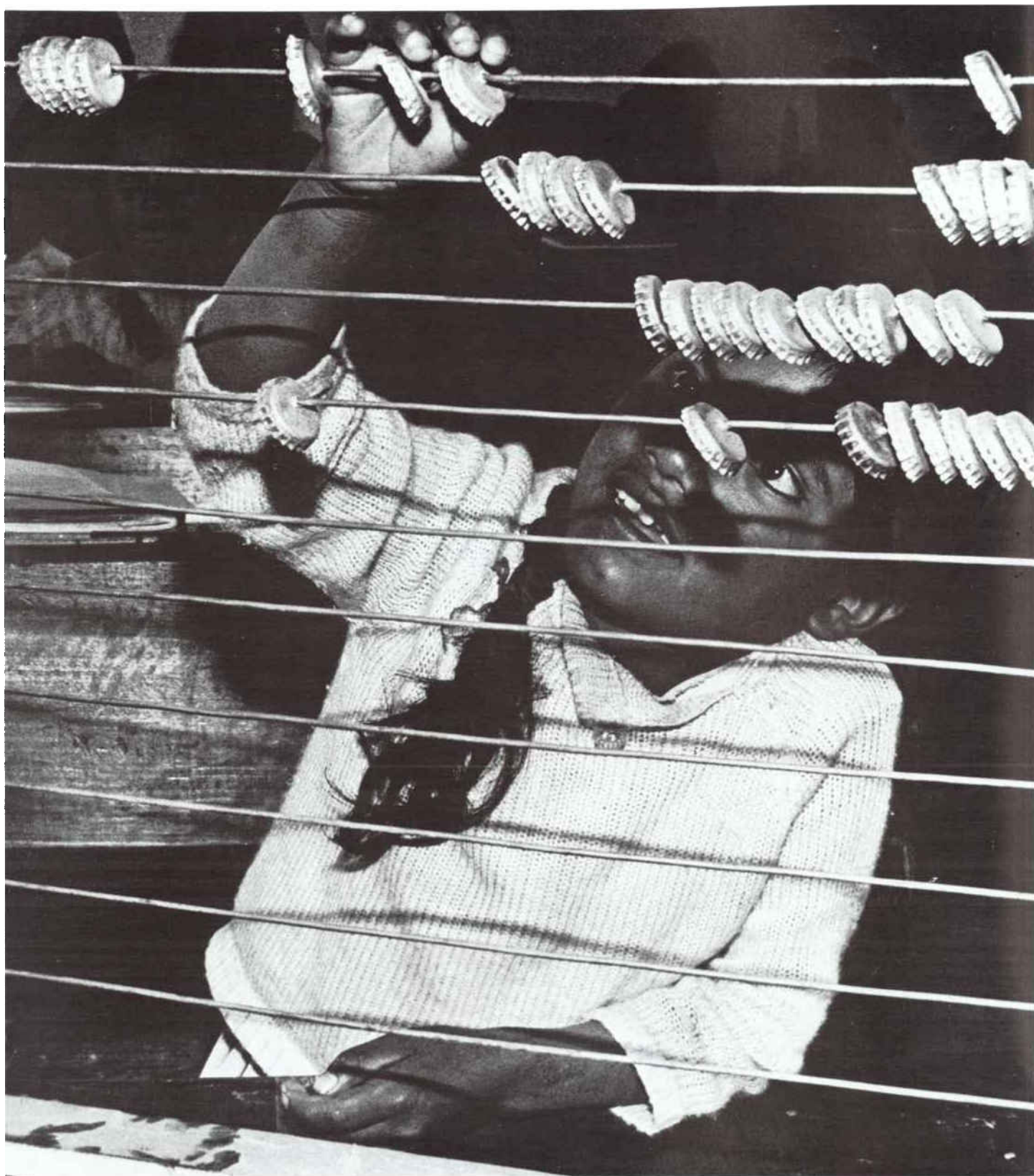


Foto: Cerni-Unicef

La hora de los pueblos

39 Bolivia

Números redondos

Esta alumna de una escuela de la aldea boliviana de Corocoro aprende aritmética con un ábaco concebido por su maestra, en el que las cápsulas de botella reemplazan a las bolas o fichas. En las regiones rurales de Bolivia, donde el Unicef (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) presta asistencia a un programa gubernamental de extensión de la educación básica, hay una

gran escasez de material pedagógico, razón por la que generalmente tienen que fabricarlo los propios maestros. El ábaco es el más antiguo dispositivo de cálculo aritmético que se conoce. Supónese que su nombre proviene de la antigua palabra fenicia *abak* que designaba la arena esparcida en una superficie para escribir en ella.

Este número

L OS orígenes de la guerra se confunden con los del hombre. Durante mucho tiempo se redujo incluso la historia, abusivamente, a una serie de conflictos. A decir verdad, no hay que contabilizar sólo una "guerra de los Cien Años" sino siglos de derroche de vidas humanas.

Y, sin embargo, la sed de paz es tan antigua como el instinto de destrucción y el hombre ha soñado siempre con el proyecto de fundar un planeta solidario, proyecto que al fin vino a cristalizar en la Conferencia de Londres de 1945 en que una serie de hombres y de gobiernos decidieron darle una nueva actualidad. Apenas salido del más mortífero de los conflictos, el hombre parece cobrar súbitamente conciencia de la unidad de la especie y proyecta engendrar, según la expresión del poeta francés Paul Eluard, "el hombre con rostro humano", trastocando los valores.

Ya no se trata del grito aislado de un poeta, de un profeta o de un iluminado que se eleva en medio de la indiferencia sino del compromiso de unos hombres que hablan lenguas diferentes y un común lenguaje: "puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz". En las palabras de MacLeish puede descifrarse, más allá del acto de fe, la lección extraída de una triste y horrible realidad. Unos hombres que sabían leer acababan de cometer gravísimos crímenes contra la humanidad. En nombre de la ciencia, unos médicos acababan de utilizar a mujeres y niños como cobayas y como combustible. Y unos hombres cultivados habían teorizado y alentado a tan infame jauría igual que habían ordenado que se quemara la poesía de Heine. De ahí viene que en 1945, a orillas del Támesis, los gobiernos afirmen que en adelante no se desarrollarán la educación, la ciencia y la cultura por sí mismas, como tampoco por el César.

Pero semejante proyecto no puede realizarse en un año, ni siquiera con un solo plan. Todavía hoy, en este año en que se conmemora el cuadragésimo aniversario de la firma de la Constitución de la Unesco, debemos luchar con más vigor que nunca contra esa "incomprensión mutua de los pueblos (que) ha sido motivo, en el curso de la historia, de desconfianza y recelo entre las naciones y causa de que sus desacuerdos hayan degenerado en guerra con harta frecuencia".

De ahí que, en el momento en que el sistema de las Naciones Unidas en su conjunto entra en una fase de reevaluación, hayamos estimado conveniente que este número de *El Correo de la Unesco* celebre ya, no el aniversario habitual de nuestra Organización (que desde siempre ha sido el 4 de noviembre de 1946, fecha en que entró en vigor la Constitución), sino el nacimiento mismo, con la firma de esa Constitución el 16 de noviembre de 1945, del ideal de la Unesco, y recuerde los esfuerzos de los hombres y mujeres que, gracias a su apasionada fe en la humanidad y en el futuro, hicieron posible que ese ideal se convirtiera en realidad. Si los aniversarios son ocasiones para meditar, que éste nos incite a reflexionar sobre el mensaje de los padres fundadores de la Unesco, tan a menudo ignorado o preterido.

* Preámbulo de la Constitución de la Unesco

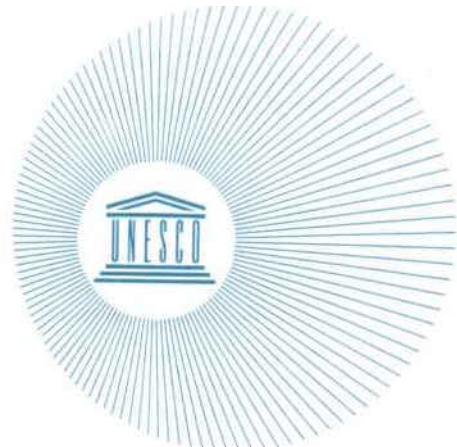
Henri Lopez

Nuestra portada: Guache del artista norteamericano Alexander Calder (1898-1976), tomado del libro *Calder à Saché*, Editions du Cercle d'Art, París, 1975 © Ed. Cercle d'Art, París-ADAGP.

Jefe de la redacción: Edouard Glissant

Octubre 1985

Año XXXVIII



Este número de *El Correo de la Unesco* resulta doblemente innovador. En primer lugar, conmemora el cuadragésimo aniversario de la firma de la Constitución de la Unesco, firma que tuvo lugar en Londres el 16 de noviembre de 1945. En segundo lugar, en el marco del programa de innovación y modernización que se lleva a cabo en toda la Organización, éste es el primer número de *El Correo de la Unesco* (ediciones española, francesa e inglesa) totalmente informatizado que se realiza dentro de la Unesco, con excepción de las fases de fotograbado e impresión. Para celebrar tal ocasión nos satisface haber obtenido la colaboración del Subdirector General de la Unesco encargado del Sector de Programas Generales y de Apoyo al Programa como editorialista invitado.

- 5 Nacimiento de un ideal**
por Howard Brabyn

- 6 Los precursores**

- 8 El ámbito del espíritu**
Clement Attlee, Ellen Wilkinson, Jaime Torres Bodet, René Cassin

- 10 La Conferencia de San Francisco**
Harry S. Truman, Andrei Gromiko, Ezequiel Padilla

- 14 Gran Bretaña: el ambiente cultural en 1945**
por Asa Briggs

- 21 Cómo entró la "s" en "Unesco"**

- 24 Los primeros pasos**
por Julian Huxley

- 27 Educar para la paz**
por Archibald MacLeish

- 28 Aplicación de las ciencias y las artes**

- 29 Una sede para la Unesco**

- 32 La Unesco construye su Casa**

- 2 La hora de los pueblos**
BOLIVIA : Números redondos

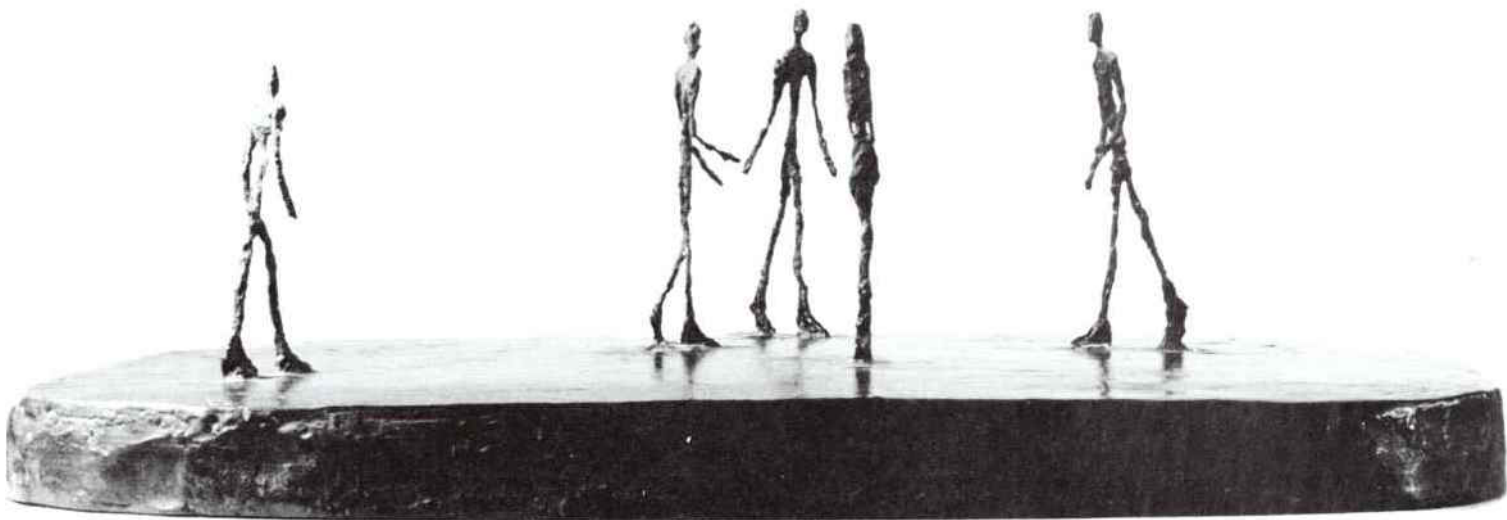
Revista mensual publicada en 32 idiomas por la Unesco, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
7, Place de Fontenoy, 75700 París.

Español	Italiano	Turco	Esloveno	Finés
Francés	Hindi	Urdu	Macedonio	Sueco
Inglés	Tamul	Catalán	Servio-croata	Vascuence
Ruso	Hebreo	Malayo	Chino	Tai
Alemán	Persa	Coreano	Búlgaro	
Arabe	Portugués	Swahili	Griego	
Japonés	Neerlandés	Croata-servio	Cingalés	

Se publica también trimestralmente en braille, en español, inglés, francés y coreano.

ISSN 0304-310 X
Nº 10 - 1985 - CPD - 85 - 3 - 427F





La Plaza (1950), escultura de bronce (17 x 64 cm) del artista suizo Alberto Giacometti (1901-1966).

Foto Mirko Lion © ADAGP 1985. Colección Peggy Guggenheim, Venecia (Fundación R. Guggenheim)

Los gobiernos de los Estados Partes en la presente Constitución, en nombre de sus pueblos, declaran:

Que, puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz;

Que, en el curso de la historia, la incomprensión mutua de los pueblos ha sido motivo de desconfianza y recelo entre las naciones, y causa de que sus desacuerdos hayan degenerado en guerra con harta frecuencia;

Que la grande y terrible guerra que acaba de terminar no hubiera sido posible sin la negación de los principios democráticos de la dignidad, la igualdad y el respeto mutuo de los hombres, y sin la voluntad de sustituir tales principios, explotando los prejuicios y la ignorancia, por el dogma de la desigualdad de los hombres y de las razas;

Que la amplia difusión de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad y la paz son indispensables a la dignidad del hombre y constituyen un deber sagrado que todas las naciones han de cumplir con un espíritu de responsabilidad y de ayuda mutua;

Que una paz fundada exclusivamente en acuerdos políticos y económicos entre gobiernos no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos, y que, por consiguiente, esa paz debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

Por estas razones, los Estados Partes en la presente Constitución, persuadidos de la necesidad de asegurar a todos el pleno e igual acceso a la educación, la posibilidad de investigar libremente la verdad objetiva y el libre intercambio de ideas y de conocimientos, resuelven desarrollar e intensificar las relaciones entre sus pueblos, a fin de que éstos se comprendan mejor entre sí y adquieran un conocimiento más preciso y verdadero de sus respectivas vidas.

En consecuencia, crean por la presente la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, con el fin de alcanzar gradualmente, mediante la cooperación de las naciones del mundo en las esferas de la educación, de la ciencia y de la cultura, los objetivos de paz internacional y de bienestar general de la humanidad, para el logro de los cuales se han establecido las Naciones Unidas, como proclama su carta.

*Preámbulo de la Constitución de la Unesco
Londres, 16 de noviembre de 1945*

Nacimiento de un ideal

por Howard Brabyn

LA Unesco^(*), Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, tal vez no habría llegado nunca a existir, por lo menos en su forma actual, de no ser por las condiciones particulares que reinaban en Londres durante la Segunda Guerra Mundial.

Cuando grandes regiones de Europa estaban ocupadas por las Fuerzas del Eje, la capital británica, castigada aun por los bombardeos, acogió temporalmente a siete gobiernos aliados, al Comité Nacional Francés del General De Gaulle, a estadistas, diplomáticos y generales, a intelectuales y refugiados y a hombres y mujeres comunes de todos los rincones de la Tierra dispuestos a luchar por la paz. Era como el microcosmos de un mundo en ebullición.

Aunque el propósito esencial común era ganar la guerra, la presencia de tantos hombres y mujeres idóneos de tan diversos países generó un fermento intelectual que iba a dejar indeleble impronta en el mundo de la posguerra. Entre ellos los ministros de educación de los gobiernos aliados en exilio, que en un momento crítico de la lucha contra las fuerzas del Eje tuvieron la lucidez y el valor de hacer planes a largo plazo para reconstruir sus sistemas de educación una vez terminada la guerra.

Como Gian Franco Pompei (Presidente del Consejo Ejecutivo de la Unesco de 1968 a 1970) escribiría más tarde¹:

Recordamos con admiración que el 16 de noviembre de 1942, en un Londres medio en ruinas, Richard A. Butler, Presidente del Consejo de Educación de Inglaterra y de Gales, invitó a sus colegas de las Potencias Aliadas en exilio: Bélgica, Checoslovaquia, Francia, Grecia, Holanda, Noruega, Polonia y Yugoslavia, a reunirse no sólo para debatir los problemas del momento sino también para planificar la creación, tras el fin de la guerra, de una organización permanente de cooperación en la esfera de la educación.

La invitación fue acogida con entusiasmo y la primera sesión de la Conferencia de Ministros Aliados de Educación (CMAE) se celebró en Alexandra House, Londres, exactamente tres años antes de la fecha del nacimiento de la Unesco. Todos los países invitados estuvieron representados por sus ministros o viceministros.

Aunque trataba de las necesidades educativas de la posguerra, la carta de invitación no se refería expresamente a la posibilidad de crear una organización internacional permanente para la educación. Sin embargo, como señala Denis Mylonas en su magnífico estudio *La Ge-*

*nèse de l'Unesco*², sólo dos meses más tarde, en la 2ª sesión plenaria de la CMAE, el delegado belga Jules Hoste planteó tal posibilidad en un documento sobre las relaciones intelectuales entre el Reino Unido y Europa, en el cual expresaba la esperanza de que "estas relaciones que han venido desarrollándose e institucionalizándose en el marco del *Instituto Internacional de Cooperación Intelectual* (véase la página 6) se renueven vigorosamente de una manera más eficaz después de la guerra."

Mientras tanto, diversas organizaciones británicas e internacionales —entre ellas la Asamblea Internacional de Londres (fundada en 1941), el Consejo para la Instrucción Cívica Internacional, la Asociación Británica para el Adelanto de la Ciencia y la Asociación de Profesores Universitarios—, aguijoneados quizás por sus contactos con los numerosos intelectuales europeos exiliados en Londres, examinaban algunos de los aspectos que revestiría la educación en la Europa de la posguerra.

El prestigio intelectual de sus miembros, entre los cuales figuraban personalidades tales como Lord Robert Cecil, Henri Rolin, René Cassin, Jan Masaryk, Gilbert Murray y Julian Huxley, confería gran autoridad a sus deliberaciones que, casi sin excepción, pusieron de relieve la necesidad de crear una organización internacional para la educación y otras organizaciones de diversa índole y que iban a ejercer una gran influencia en organismos gubernamentales tales como la CMAE.

He aquí el testimonio de Denis Mylonas:

En mayo de 1943, durante la 4ª sesión plenaria de la CMAE, se nombró un comité ad hoc para que estudiara un informe (La educación y las Naciones Unidas) elaborado conjuntamente por la Asamblea Internacional de Londres y el Consejo para la Instrucción Cívica Internacional. Tal informe proponía, entre otras cosas, la creación de una organización internacional para la educación tan pronto como fuera posible (...) El comité ad hoc consideró que la creación de tal organización sería prematura.

Sin embargo, apenas transcurrido un mes, en julio de 1943, los delegados que asistían a la 5ª sesión plenaria de la CMAE consideraban que su propia conferencia "contenía el germen de una organización internacional para la educación".

No hay duda de que en sus nueve meses de existencia la CMAE había ampliado considerablemente la esfera de sus actividades. Así, creó comisiones para la celebración de convenios culturales, para la publicación de libros y revistas, para el estudio de las cuestiones científicas y para

la producción de materiales audiovisuales y películas, así como comités y subcomités encargados del estudio de la historia, de la restitución de instrumentos científicos y de obras de arte, etc. Cabe agregar la creación ulterior de otras dos comisiones, una para la restitución de objetos culturales y materiales pedagógicos y otra para investigar los problemas educativos específicos de los países liberados; de comités de redacción y de finanzas, de asistencia urgente a los profesores y de reeducación de los niños sometidos a una educación de inspiración nazi; de un subcomité técnico de la Comisión Científica y de subcomités de programas educativos por radio y para la creación de un centro internacional de cine. El simple nombre de tales comisiones, comités y subcomités permite advertir cómo iban esbozándose ya entonces muchos programas importantes que aun hoy siguen formando parte de las preocupaciones principales de la Unesco.

Al mismo tiempo, el interés mundial por las actividades de la CMAE seguía aumentando y hacia fines de 1943 los delegados decidieron que había llegado el momento de ampliar la Conferencia reconociendo como delegados de pleno derecho a los representantes de aquellos países que hasta entonces sólo habían asistido a las reuniones en calidad de observadores. La idea de crear una organización internacional era ahora generalmente aceptada y en su carta de invitación al gobierno de Estados Unidos la CMAE declaraba que "el objetivo de la Conferencia así reconstituida será el de estudiar los planes para la creación de una organización permanente, limitada al comienzo a las Naciones Unidas³, pero que podría establecerse posteriormente sobre una base internacional más amplia a fin de promover la cooperación en materia de educación en la posguerra."

El gobierno de Estados Unidos aceptó la invitación con prontitud y entusiasmo. En su respuesta reconocía "el importante trabajo preliminar realizado por la Conferencia de Ministros Aliados de Educación", considerándola "un organismo eficaz para el desarrollo urgente de la cooperación internacional en lo relativo a la reconstrucción en materia de educación y de cultura". Señalaba además la comunicación de Estados Unidos que "los gobiernos que participan en la Conferencia, junto con otros gobiernos interesados,

(1) *In the Minds of Men - Dans l'esprit des hommes*. Unesco, 1972.

(2) *La Genèse de l'Unesco: La Conférence des Ministres Alliés de l'Éducation (1942-1945)* por Denis Mylonas. Bruylant, Bruselas, 1976.

(3) La expresión *Naciones Unidas* se refiere aquí a los países que habían firmado la *Declaración de las Naciones Unidas* el 1º de enero de 1942. La *Organización de las Naciones Unidas* no existía aun.

* Sigla del inglés United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.



El filósofo francés Henri Bergson (1859-1941).



Marie Curie (1867-1934), física francesa de origen polaco, célebre por sus descubrimientos sobre la radiactividad y dos veces galardonada con el Premio Nobel: el de física en 1903 y el de química en 1911.

Los primeros pasos

Si la Conferencia de Ministros Aliados de Educación (CMAE) desempeñó el insólito doble papel de madre y partera de la Unesco, la criatura que nació el 16 de noviembre de 1945 puede encontrar sus antepasados, unos veinte años atrás, en el *Instituto Internacional de Cooperación Intelectual*, creado por la Sociedad de Naciones, y en la *Oficina Internacional de Educación*, institución que fue al comienzo un organismo autónomo y no gubernamental.

Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (IICI)

En 1922, acogiendo una propuesta del hombre de estado francés y Premio Nobel de la Paz Léon Bourgeois, la Sociedad de Naciones creó una *Comisión Internacional de Cooperación Intelectual (CICI)* compuesta por doce miembros, encarga-

da de las cuestiones internacionales relacionadas con la cooperación intelectual.

La Comisión contaba en su seno con un número impresionante de grandes pensadores y científicos, de la talla de Henri Bergson, que fue su primer presidente, Marie Curie, Albert Einstein y Gilbert Murray. Con los recursos terriblemente insuficientes que tenía a su disposición, la Comisión logró hacer poco más que enviar cartas y reunirse en una sesión anual de discusión que no tenía en la práctica prolongación alguna.

En respuesta al pedido de ayuda del presidente Henri Bergson, el gobierno francés ofreció crear en París y financiar un *Instituto Internacional de Cooperación Intelectual*. Así, con el beneplácito de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, nació en 1926 el IICI.

Adecuadamente financiado y provisto

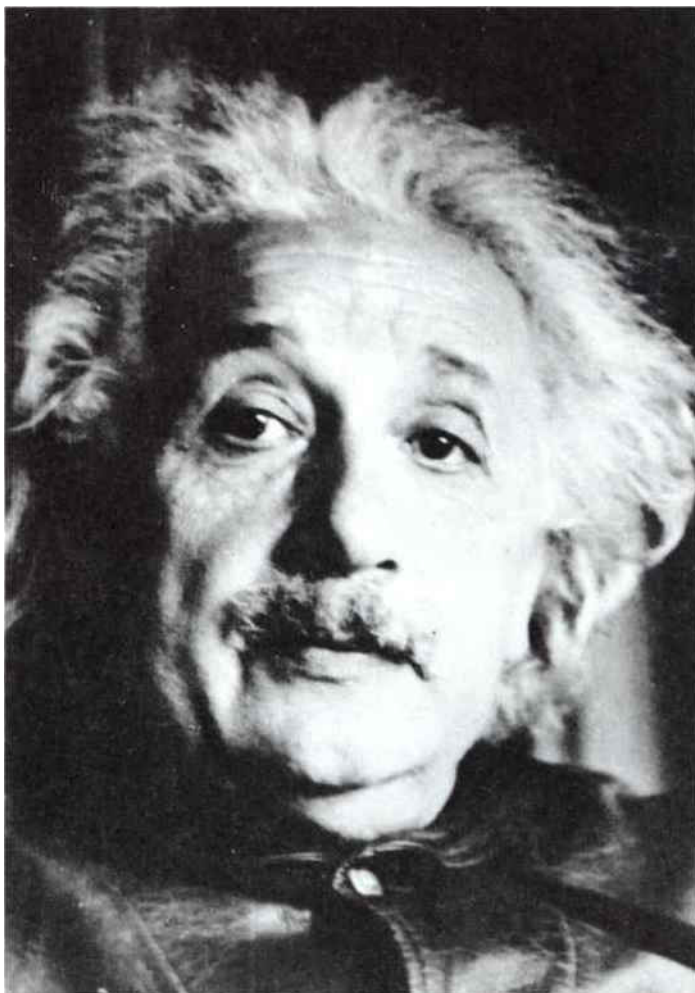


Foto © Associated Press, Paris

Albert Einstein (1879-1955). El famoso físico desempeñó un papel de primer orden en las labores del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual.



Foto © Keystone, Paris

El psicólogo suizo Jean Piaget (1896-1980) que fue Director de la Oficina Internacional de Educación de 1929 a 1968.

del personal necesario para una secretaría permanente, el IICI insufló nueva vida a la cooperación intelectual internacional. El Instituto estableció siete secciones que se ocupaban de los siguientes asuntos: cuestiones generales; relaciones entre las universidades, bibliotecas y organizaciones científicas; cuestiones jurídicas relacionadas con la propiedad intelectual y con las condiciones del trabajo intelectual; traducciones e intercambio de obras literarias entre diversos países; museos y relaciones artísticas; e información y relaciones con la prensa y otros medios de comunicación.

Comienza pues a verse ya el embrión de lo que vendrá después.

Oficina Internacional de Educación (OIE)

Tras la Primera Guerra Mundial, pese a que educadores e intelectuales reclamaban insistentemente, aunque de manera aislada, la creación de una organización internacional que promoviera la cooperación entre países en materia de educación, los gobiernos tendían a preservar celosamente su derecho a ejercer un control ilimitado sobre el proceso educativo

dentro de sus fronteras. Es verdad que la Sociedad de Naciones restringía expresamente las actividades educativas del IICI a problemas de pedagogía teórica y declaraba que éste debía “abstenerse de realizar actividades en relación con cuestiones educativas que son de la competencia de los Estados Miembros soberanos”.

Sin embargo, el resultado de todo ello fue sólo alentar la acción independiente y en 1925 se fundaba en Ginebra la *Oficina Internacional de Educación* como una organización no gubernamental, gracias en particular a los auspicios del Instituto Jean-Jacques Rousseau de la Universidad de Ginebra. Pese al apoyo de tan prestigiosa institución, la OIE se vio pronto maniatada por la falta de fondos y en 1929 se transformaba en una organización esencialmente intergubernamental cuando algunos estados se reunieron en Ginebra para redactar y suscribir una nueva constitución. De todos modos, la OIE así reformada seguía siendo independiente de la Sociedad de Naciones.

Los principales objetivos de la Oficina Internacional de Educación eran: actuar como un centro de información en todas las esferas que se relacionaran con la

educación, compilar datos relativos a la educación tanto pública como privada y emprender investigaciones científicas y estadísticas en materia de educación.

Durante la Segunda Guerra Mundial las actividades de la OIE se redujeron considerablemente. La Oficina concentró sus esfuerzos en la tarea humanitaria de proporcionar “ayuda intelectual” a los prisioneros de guerra independientemente de su nacionalidad. Así, envió unos 600.000 volúmenes de obras literarias y científicas a los presos en los campos de concentración de la guerra.

Con la creación de la Unesco parecía claro que la nueva organización podía desempeñar en mejores condiciones muchas de las funciones de la Oficina Internacional de Educación, por lo que en 1947 se elaboró un acuerdo provisional entre ambos organismos que contemplaba su futura fusión. De conformidad con las cláusulas de un nuevo acuerdo, la OIE dejó de existir en 1968, asumiendo la Unesco la totalidad de sus funciones. Y con los auspicios de ésta se creó en Ginebra una nueva Oficina Internacional de Educación, como centro de estudios comparados en materia de educación. □

El ámbito del espíritu

Publicamos en estas dos páginas fragmentos de cuatro discursos pronunciados durante la Conferencia para la creación de una Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, celebrada en Londres del 1º al 16 de noviembre de 1945.



Foto © Keystone, París

Clement Attlee (1883-1976).

“En el nuevo orden mundial hacia el que avanzamos es indispensable disponer de los mecanismos capaces de ocuparse de cada una de las esferas principales de la actividad humana (...) Mas cualquiera que sea la clasificación que establezcamos de los elementos más importantes de la vida pública internacional, no podríamos excluir de ella ese vasto e importante ámbito de actividad que cabría designar de manera general como la ‘vida intelectual’. Ella abarca no sólo el campo particular de la educación en todos sus niveles y en todos sus aspectos sino también el dominio del espíritu con ‘todos sus reinos y grandes estados’, las ciencias, las humanidades, las bellas artes, las investigaciones para el adelanto del conocimiento y todo el vasto territorio que representa el mundo de las ideas. Las relaciones en la esfera de la educación y de la cultura constituyen ciertamente uno de los ámbitos más ricos e importantes de la vida internacional. Y no podemos estar satisfechos hasta que la nueva organización del mundo haga posible el más completo y benéfico desarrollo de tales relaciones. Porque, después de todo, ¿no es en la mente de los hombres donde nacen las guerras?”

*Clement Attlee
Primer Ministro del Reino Unido
Londres, 1º de noviembre de 1945*



Foto © Keystone, París

Ellen Wilkinson (1891-1947) dirigiéndose a la multitud durante una manifestación por la paz en Trafalgar Square, Londres.

“Nos hemos reunido al terminar la mayor guerra de la historia, que ha tenido como escenario dos continentes con sus islas adyacentes, devastados por el fuego de la guerra. Todavía hoy arden las brasas y aquí y allá se alzan aún las llamas. Todos nosotros —todos los países que aquí representamos— hemos participado en esta gran lucha. Todos ellos se alinearon bajo la bandera de la libertad y contra la agresión y la opresión. Muchos de nosotros hemos bebido juntos el cáliz del infortunio y del sacrificio. Hemos aquí ahora reunidos, trabajadores de la educación, de la investigación científica y de los variados ámbitos de la cultura. Nosotros representamos a los que enseñan, a los

que descubren, a los que escriben y a aquellos cuya inspiración se expresa por medio de la música y del arte. Nuestra responsabilidad es grande puesto que se nos ha confiado la tarea de crear una parte, y no la menos importante, de esa organización de las Naciones Unidas en la que descansan nuestras esperanzas para el futuro de la humanidad. Nos corresponde preparar los cauces por los que puedan fluir de un país a otro las corrientes del saber y del pensamiento, de la verdad y de la belleza, que son las bases de la verdadera civilización.”

*Ellen Wilkinson
Ministro de Educación del Reino Unido
Londres, 1º de noviembre de 1945*



El escritor mexicano Jaime Torres Bodet (1902-1974), quinto por la izquierda. Segundo Director General de la Unesco (1948-1952), aparece aquí, en la Casa de la Organización, con un grupo de estudiantes extranjeros.

“Creemos que el intelectualismo del siglo XVIII y el materialismo del XIX deben en el siglo XX ceder el sitio a la idea de una integración justa y equilibrada del hombre. Es por ello que, mientras la formación de las facultades intelectuales era la preocupación principal de sistemas de educación hoy anticuados y cuando la educación de la voluntad ha conducido a extremos imperialistas que condenamos, el horizonte que ahora se abre ante nosotros nos exige una forma de educación que tienda a la cooperación internacional por medio de la verdad, de la virtud en todas las acepciones del término y de la democracia.”

*Jaime Torres Bodet
Delegado de México
Londres, 2 de noviembre de 1945*

“Nuestro deber será más completo el día en que nuestra Carta haya sido aprobada por todas las Naciones Unidas, y el día cercano, espero, en que la gran República Soviética se encuentre entre nosotros. (...) Jamás perderemos de vista lo que tan bien se expresó al comienzo de nuestras labores, a saber que no es la suma de conocimientos lo que debe caracterizar la actividad específica de nuestra futura Organización sino el desarrollo de la cultura. Uno de nuestros grandes autores ha dicho: ‘La ciencia sin conciencia no es sino la ruina del alma’. Nosotros podemos decir: El conocimiento sin la moral sólo puede desembocar en la barbarie. Nosotros, que sabemos que no hay democracia sin cultura, trataremos de agregar algo más a los conocimientos, a saber, un gran ideal, una visión clara de los grandes problemas que es preciso resolver en bien de la paz mundial y finalmente, quizás por encima de todo, el dominio de nosotros mismos.”

*René Cassin
Delegado de Francia*

René Cassin (1887-1976), jurista francés, Premio Nobel de la Paz de 1968, fotografiado en Londres durante la Segunda Guerra Mundial.



La Conferencia de San Francisco



Foto © Keystone, París

Sello de correos conmemorativo de la firma de la Carta de las Naciones Unidas en San Francisco el 26 de junio de 1945. Figuran en él la Memorial Opera House, donde se celebró la ceremonia, y el emblema de las Naciones Unidas.

El 25 de abril de 1945, poco antes de que terminara la Segunda Guerra Mundial, se iniciaba en San Francisco la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Organización Internacional (UNCIO) convocada para terminar la redacción, mucho antes iniciada, de la Carta de las Naciones Unidas. Esta fue firmada el 26 de junio por los jefes de las delegaciones a la Conferencia, sobrentendiéndose que entraría en vigor (con lo cual la Organización existiría oficialmente) cuando la hubieren ratificado China, los Estados Unidos de América, Francia, el Reino Unido, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la mayoría de los demás países signatarios de la Carta. Tal condición se cumplió el 24 de octubre, fecha en que se celebra el aniversario de las Naciones Unidas. Publicamos a continuación breves fragmentos de tres discursos pronunciados en la sesión plenaria de clausura de la Conferencia.

25 de abril de 1945. Congregada en la escalinata de la Memorial Opera House de San Francisco, una multitud asiste a la llegada de los delegados a la sesión inaugural de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Organización Internacional en la cual se redactó la Carta de las Naciones Unidas.



Foto © Keystone, París



Harry S. Truman (1884-1972), Presidente de los Estados Unidos, durante su intervención en la 16ª sesión plenaria de la Conferencia de San Francisco, el 26 de junio de 1945.

“Que dispongamos ahora de esta Carta es algo absolutamente maravilloso. Y es además motivo de una profunda acción de gracias a Dios Todopoderoso que nos ha conducido tan lejos en nuestra búsqueda de la paz por medio de una organización internacional. Muchos fueron los que dudaron de que pudieran llegar jamás a un acuerdo estos cincuenta países que tanto difieren en raza, en religión, en lengua y en cultura. Pero tales diferencias se han pasado por alto gracias a la firme decisión común de hallar la manera de poner fin a la guerra. Por encima de todas las controversias y disputas y de las divergencias de opinión se ha encontrado el camino del consenso. Aquí, ante la mirada de todos, según la tradición de un pueblo amante de la libertad, se han expresado abierta y libremente todas las opiniones. La fe y la esperanza de cincuenta naciones amantes de la paz se habían afirmado ya antes de que se celebrara este foro del mundo. Se superaron así las discrepancias. Esta Carta no es obra de un solo país sino de un grupo de países grandes y pequeños. Es resultado de un espíritu de concesiones mutuas y de tolerancia para con los puntos de vista e intereses de los demás. Es una prueba de que las naciones, igual que los hombres, pueden exponer sus diferencias, hacerles frente y luego encontrar un terreno común de entendimiento. Tal es el fundamento de la democracia y la base del mantenimiento de la paz en el futuro. Gracias al acuerdo a que habéis llegado, hemos encontrado el camino para un acuerdo futuro en los años por venir (...).”

*Harry S. Truman
Presidente de Estados Unidos*



*Ezequiel Padilla
Presidente de la Delegación de México*

“Los países pequeños que en esta Conferencia han dado muestras de un gran sentido de responsabilidad, de noble cooperación y de dignidad están destinados a cumplir una gran misión: cuidar con abnegación y coraje el fuego sagrado de la Ley. Mas no estarán solos en esta tarea ya que el común de las gentes de todos los países, grandes o pequeños, abrigan las mismas aspiraciones y tienen la misma fe en el destino común de la humanidad. Cada vez que la causa de la justicia enarbole su bandera, los pueblos, grandes o pequeños, gritarán con la misma convicción, actuarán con la misma fuerza (...). Nuestra fe debe apoyarse, no en los gobiernos de los países grandes o pequeños, sino en la gente sencilla de todas las naciones. Los pueblos, grandes o pequeños, saben perfectamente que el mundo no puede soportar el terrible desgarramiento de otra guerra mundial sin volver a la época del oscurantismo. La necesidad de vivir en paz es pues apremiante. Tengamos mutuamente confianza en nosotros, tomemos la medida justa de nuestra buena voluntad (...).”

“Durante las labores de la Conferencia han surgido ciertas dificultades y diferencias de puntos de vista entre algunas delegaciones sobre tal o cual cuestión. Sin embargo, lo sorprendente no es que existan esas dificultades ni esas diferencias de puntos de vista sobre tal o cual punto sino el hecho de que, como resultado de los trabajos de la Conferencia, se hayan vencido todas las dificultades fundamentales y hayamos cumplido con éxito las tareas encomendadas a la Conferencia. Hemos elaborado un documento que llegará a constituir la base de las labores de la Organización Internacional: su Constitución. Naturalmente, la mejor y más perfecta Carta no garantiza por sí sola el cumplimiento de sus disposiciones ni asegura la preservación de la paz. A fin de alcanzar tan importante y noble objetivo es preciso también que, a más de la Carta ya existente, contemos con la unidad y coordinación de los miembros de la Organización Internacional y, ante todo, con la unidad y coordinación de las acciones entre las potencias militares más poderosas del mundo. También es necesario que todos los miembros de la Organización Internacional traten de resolver sus controversias por medios pacíficos con un espíritu de cooperación y de buena voluntad (...).”

*Andrei A. Gromiko
Presidente interino de la Delegación de la Unión Soviética*

El jurista mexicano Ezequiel Padilla (1892-1971) fue Secretario de Relaciones Exteriores de su país de 1940 a 1945.



Andrei A. Gromiko, entonces embajador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en los Estados Unidos, firma la Carta de las Naciones Unidas.

deberán adoptar medidas tendientes a buscar los medios más apropiados para crear un organismo de las Naciones Unidas encargado de la reconstrucción de la educación y de la cultura, concebido y administrado con orientaciones democráticas.”

Fue así como en abril de 1944 los Estados Unidos estuvieron representados en la Conferencia de Londres por una importante delegación de la que formaban parte William Fulbright y un hombre que iba a desempeñar un papel importante en la preparación y redacción de la Constitución de la Unesco: el poeta y director de la Biblioteca del Congreso de Washington Archibald MacLeish.

La delegación norteamericana había llegado con proposiciones muy concretas sobre una “Organización de las Naciones Unidas para la Reconstrucción de la Educación y de la Cultura”, que fueron discutidas en dos sesiones “ampliadas” especiales de la Conferencia, elaborándose luego un primer proyecto de Constitución. Una vez examinado en la 10ª sesión plenaria, durante la cual la Conferencia adoptó una enmienda menor pero de gran importancia presentada por el presidente de la Comisión Científica, el Presidente de la CMAE, Richard Butler, envió el proyecto a los gobiernos de todos los países miembros y miembros asociados de las Naciones Unidas así como a las instituciones relacionadas con éstas, pidiéndoles que lo estudiaran y comentaran.

La enmienda mencionada proponía que se añadiesen, en el párrafo relativo al intercambio de información sobre problemas de educación y de cultura, las palabras “incluida la investigación científica”. Aparentemente inocua, la adición de esta frase era signo de una presión creciente para dar mayor relieve a la ciencia en el marco de las actividades de la organización que se pensaba crear.

Las reacciones a las propuestas de Estados Unidos fueron, en general, favorables pero en ellas iban a influir los resultados de la Conferencia de Dumbarton Oaks, celebrada en Washington del 21 de agosto al 7 de octubre de 1944, que debía allanar el camino para la creación de la Organización de las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco de 1945. La de Dumbarton Oaks había adoptado cautelosamente la idea de fundar una organización para la educación y la cultura pero todo iba a depender de la Conferencia de San Francisco, que aprobó finalmente la Carta de las Naciones Unidas. Los trabajos de la Conferencia de Londres llegaron prácticamente a un punto muerto y el sentimiento general de los delegados lo expresó claramente Richard Butler en una declaración de marzo de 1945: “La creación de una Organización de las Naciones Unidas para la Educación deberá mantener las relaciones más estrechas posibles con cualquier organización que surja de la Conferencia de San Francisco”.

La tan esperada Conferencia de las Naciones Unidas sobre Organización Inter-

nacional se inauguró en San Francisco el 25 de abril de 1945 y al clausurarse dos meses después había aprobado no sólo la Carta de la Organización de las Naciones Unidas (que entró en vigor el 24 de octubre de 1945) sino también la recomendación francesa de que “los gobiernos convoquen en los próximos meses una conferencia general para definir el estatuto de un organismo internacional de cooperación cultural”. La Conferencia tomó igualmente nota de un apéndice propuesto por la delegación de Estados Unidos en apoyo de la propuesta francesa sobre “el propósito de la Conferencia de Ministros Aliados de Educación de convocar en un futuro inmediato una conferencia de las Naciones Unidas para crear una organización internacional de cooperación educativa y cultural. Se ha pedido al gobierno del Reino Unido que convoque tal conferencia.”

Quedaba pues abierto el camino para el establecimiento del nuevo organismo especializado de las Naciones Unidas y el 12 de julio de 1945, al finalizar la 19ª sesión plenaria de la CMAE, el ministro británico de educación, Richard Law, hacía público un comunicado de prensa en que anunciaba que el próximo 1º de noviembre “se celebrará en Londres una conferencia para estudiar la creación de una Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura.”

El 3 y 4 de agosto de 1945 se enviaron las invitaciones a los gobiernos interesados; el gobierno francés, que mantenía relaciones particularmente estrechas con el de Gran Bretaña, figuraba también como país invitante.

Se formó un Comité de Trabajo preparatorio y el 1º de noviembre de 1945 la Conferencia para la creación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura inició sus labores en el Instituto de Ingeniería Civil, uno de los pocos edificios londinenses suficientemente amplio para que en él pudiera celebrarse una conferencia de tal magnitud y que no había sido destruido por las bombas.

La Conferencia comenzó por crear la *Unesco* y terminó creando la *Unesco*. Desde hacía tiempo algunos científicos eminentes, entre los cuales figuraban en particular Joseph Needham y Julian Huxley, venían influyendo para que se incluyera la ciencia en el nombre de la nueva Organización (véase la página 21). En su discurso de inauguración de la Conferencia, su Presidenta, Ellen Wilkinson, había anunciado la intención de la delegación británica de proponer que la ciencia formara parte del nombre de la Organización. En la 3ª sesión plenaria la moción británica recibió su primer apoyo y hacia el final de la reunión *Unesco* era ya el nombre sólidamente establecido del nuevo organismo. Cabe pensar que los acontecimientos del 6 y el 9 de agosto en Hiroshima y Nagasaki, todavía frescos con todo su horror en la mente de los delegados, influyeron considerablemente en esta decisión.

La Conferencia se desarrolló en una atmósfera excepcional por la convicción

general de que se trataba de algo urgente, por la determinación de alcanzar una meta de importancia capital para el mundo y por la decisión de impedir que cuestiones de poca monta obstaran al logro del objetivo esencial.

Tal espíritu fue expresado desde el comienzo por el delegado de Estados Unidos, Archibald MacLeish. En efecto, en un discurso en que apoyaba la moción del francés Léon Blum para que se eligiera a Ellen Wilkinson, nuevo ministro británico de educación, Presidenta de la Conferencia, el poeta norteamericano declaraba:

(...) *Lograr una cooperación internacional mayor y más eficaz en la esfera de la educación así como en la de la cultura en general —la ciencia y el arte— es el propósito inmediato de esta reunión. Pero éste tiene detrás un objetivo más importante e incluso más conmovedor: la comprensión mutua entre las masas de la población de este mundo (...)*

Siempre ha existido en las ciencias, en las artes y en el lenguaje del espíritu humano una lengua universal de comunicación. Las ciencias del hombre han aportado en los últimos años a esa lengua los instrumentos que permiten que los hombres puedan hablar a los hombres por encima de las fronteras del mundo y que los pueblos de la Tierra puedan hablar y responder (...)

Lo que queda por hacer es la razón por la cual se nos ha reunido aquí: crear un instrumento social a través del cual esos instrumentos de comunicación, esos lenguajes universales, sean puestos al servicio de nuestra común esperanza de paz (...)

La Conferencia alcanzó tal objetivo con extraordinaria unanimidad y prontitud. A las 3 de la tarde del viernes 16 de noviembre de 1945, Ellen Wilkinson, Presidenta de la Conferencia, inauguraba la 10ª sesión plenaria en la cual los delegados suscribieron formalmente el *Acta final*, la *Constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura* y el *Instrumento de creación de una Comisión Preparatoria para la Educación, la Ciencia y la Cultura*.

Fue Archibald MacLeish quien encontró una vez más las palabras justas para resumir, en la sesión de clausura de la Conferencia, el sentimiento de todos los delegados:

(...) *Hablando francamente, creo que algunos de los que vinimos a esta Conferencia llegamos con nociones más estrechas que las que nos llevaremos al regresar sobre lo que será esta Organización. Algunos pensábamos que iba a ser una organización internacional para esto o aquello o para tal otro aspecto del objetivo global; pero creo que ninguno de nosotros sospechaba que construiríamos aquí un instrumento grande y poderoso con la finalidad más amplia posible, como es la comprensión mutua entre los hombres en favor de la paz.*

El Instituto de Ingenieros Civiles, de Londres, donde se celebró en noviembre de 1945 la Conferencia que iba a crear la Unesco.



Gran Bretaña: el ambiente cultural en 1945

por Asa Briggs

El aire de Inglaterra tiene una cualidad rara. Todos nos quejamos de él por una razón u otra —del aire físico de Inglaterra— pero, curiosamente, todos podemos vivir en él, de dondequiera que vengamos. Es un aire suave, un aire moderado, sin extremos, y todos podemos vivir aquí. Y lo que es verdad desde el punto de vista físico del hombre lo es también desde el de sus ideas. Este aire ha sido siempre hospitalario con las ideas, siempre hospitalario con la libertad. Y nosotros amamos la libertad.

Archibald MacLeish, 16 de noviembre de 1945

HACIA 1945 se utilizaba a veces en Gran Bretaña la palabra “revolución” para referirse a la transformación de los modos de vida y de las actitudes desde comienzos de la Segunda Guerra Mundial. El científico Julian Huxley, que en 1946 se convertiría en el primer Director General de la Unesco, había publicado en 1944 un volumen de ensayos titulado *On Living in a Revolution* (Vivir en una revolución) que reflejaba el ambiente intelectual de la época.

Naturalmente, no todos estaban de acuerdo con el nuevo espíritu. Siempre había habido gente que se negaba a hacer planes para la “reconstrucción” mientras no se hubiera ganado la larga guerra, y había también quienes, en los años de la victoria, hacían hincapié más en la continuidad que en el cambio, nada entusiasmados y sí muy recelosos de éste.

Huxley, célebre entre los radioyentes de la guerra por sus emisiones en un programa enormemente popular de la BBC en el que se discutía de todo menos de la guerra misma, no dudaba lo más mínimo. En el primero de sus ensayos, escrito en 1942, afirmaba que en Gran Bretaña se había producido “una revisión de los viejos problemas” y “una transvaloración de los valores” desde el inicio de la guerra. Se estaban ampliando los servicios sociales, las viejas fronteras entre las clases se difuminaban, la planificación pasaba ya por algo perfectamente normal. El hombre económico había cedido el paso al “hombre social”. Después de la guerra la gente no aceptaría volver a los viejos modos anteriores a 1939. “Como resultado de ello”, concluía, “vivimos ya en un mundo muy diferente”.

Huxley había logrado renombre con sus escritos sobre la evolución biológica. Sin embargo, en sus ensayos llegaba a la

conclusión de que sólo la palabra “revolución” se adecuaba a lo que estaba ocurriendo no sólo en el espíritu de la gente sino también en la escena mundial. Y a lo que se refería era a una revolución planetaria, no simplemente en la Gran Bretaña. Según él, ciertas tendencias de tal revolución eran “inevitables” y “universales”. Una de ellas consistía en la marcha hacia “una meta social más consciente”. Otra apuntaba hacia “una más cabal utilización de los recursos de los países atrasados”. El problema no era el de las tendencias sino el de los métodos. “Las principales alternativas dependen de si la revolución se lleva a cabo en una forma democrática o totalitaria.”

Nada podía ser más democrático que las elecciones generales de julio de 1945 en las que los electores británicos dijeron no al gran dirigente de la guerra, Winston Churchill, y llevaron al poder al Partido Laborista con una aplastante mayoría de 146 escaños en el nuevo parlamento. En su diario, uno de los más interesantes de la Inglaterra contemporánea, el escritor Harold Nicolson, que perdió su propio escaño, decía simplemente: “Churchill está despedido y Attlee posee una gran mayoría. Nadie preveía tal cosa.” Y, sin embargo, no faltaban quienes habían previsto todo desde hacía varios años como resultado lógico de una “guerra del pueblo” y de la formación de un “ejército de ciudadanos” a los que se había incitado a pensar. “Es el alba de un nuevo día”, declaraba con comprensible entusiasmo el nuevo Ministro de Trabajo, “y a su luz vamos a avanzar hacia esas cosas con las que hemos soñado durante años.”

Retrospectivamente resulta fácil analizar la notable coyuntura social y política de 1945 con más acuidad y precisión de lo que era posible en aquel momento, aunque inmediatamente después de las elec-

ciones su primer analista universitario, R.B. McCallum, se afanaba por machacar que, aun suponiendo que se tratara de una revolución, era conveniente evitar la palabra. “Revolución es una palabra vacua del día que se aplica a casi todo lo que ocurre en la sociedad humana.”

Ciertamente, no había en la política interior británica de 1945 el menor elemento de fuerza o de coerción; el veredicto popular había sido libre. Tampoco era aplastante la derrota del Partido Conservador si se tenía en cuenta el número de votos por él obtenidos en todo el país. A decir verdad, el Partido Laborista no había conseguido la mayoría popular (tenía el 47,8 por ciento de los votos) y el Partido Conservador iba a volver al poder en 1951, una vez más bajo la férula de Churchill. Sobre todo, el Partido Laborista era en 1945 menos radical de lo que proclamaban los conservadores en el ardor de la campaña electoral; su pretensión era atraer a un amplio abanico de electores y muchas de las medidas que propugnaba habían surgido durante la guerra en el marco de un consenso nacional compartido y alimentado por los distintos partidos. Por otra parte, los laboristas, más que elaborar los mismos, heredaban los controles de la planificación que se consideraban necesarios para poner en aplicación tales medidas. La economía debía ser “mixta”. “El Partido Laborista ▶

El 8 de mayo de 1945 capitulaba el Tercer Reich. Tras cinco años y ocho meses de la más mortífera de las guerras la paz reinaba nuevamente en Europa. Aquel día, la multitud alborozada aclamaba en Londres a Winston Churchill, Primer Ministro británico, y a los miembros de su gabinete fotografiados aquí en uno de los balcones del Ministerio del Interior.





Foto © Imapress, Paris

Nombrado Primer Ministro en 1940, Sir Winston Churchill (1874-1965), hombre de Estado británico, formó un gobierno de unión nacional. Durante los años de la conflagración mundial Churchill animó y coordinó el esfuerzo bélico británico con extraordinaria eficacia y energía y fue uno de los artífices de la victoria de los Países Aliados. Jefe de la oposición y dirigente del Partido Conservador tras el triunfo de

los laboristas en las elecciones de julio de 1945, fue nuevamente Primer Ministro de 1951 a 1955. Autor de numerosas obras, entre las que destaca su monumental La Segunda Guerra Mundial (6 volúmenes, escritos entre 1948 y 1954), recibió el Premio Nobel de Literatura en 1953. En la foto aparece formando con los dedos el signo de la victoria, tan característico de su imagen como su eterno cigarro.

► planificará desde los cimientos”, se decía en el manifiesto electoral titulado *Labour Face the Future* (El Partido Laborista frente al porvenir), “asignando su adecuado lugar a la empresa constructiva y al esfuerzo privado en el plan nacional.”

En 1945 el consenso en materia de política internacional era suficientemente amplio; la única crítica procedía de la extrema izquierda y de la extrema derecha. Se daba gran realce a la necesidad de continuar la alianza entre “los Tres Grandes” —los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Gran Bretaña—. Los partidos principales estaban de acuerdo en que había que crear una nueva organización internacional “eficaz”; la eficacia era lo que contaba, en particular. Parecía asimismo más importante poner en pie una

maquinaria institucional capaz de funcionar que imponer una paz rápida; la edificación de la paz era vista como un proceso y no como un acontecimiento.

Por último, la idea era que al edificar la paz debía prestarse atención a los asuntos económicos y sociales tanto como a los problemas políticos y diplomáticos. Como se decía en *Patterns of Pacemaking* (Cómo hacer la paz), un libro muy elogiado de aquel año, “las últimas consignas de la guerra tales como ‘hogares decentes para los héroes’ y ‘un mundo seguro para la democracia’ no pasaban de ser modestas esperanzas si se las comparaba con las aspiraciones a la seguridad social, a verse liberados del miedo y de la penuria, al pleno empleo y a la paz mundial que ha generado la guerra.”

Se estimaba que la educación era un factor necesario no sólo para purgar a Alemania e Italia del nazismo y del fascismo sino también para acercar entre sí a las gentes de todo el mundo; y Huxley, precisamente, participó en una conferencia celebrada en Londres en 1944 para estudiar la creación de una nueva organización internacional que prolongara la labor del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, organismo de la Sociedad de Naciones, y en la conferencia fundacional de la Unesco celebrada también en Londres en noviembre de 1945. Una de las reformas principales realizadas en Gran Bretaña durante la guerra había sido la Ley de Educación de 1944, y fueron varias las reuniones de los ministros de educación de los gobiernos europeos exiliados en Londres que discutieron de las repercusiones internacionales del progreso en materia de educación.

Por otro lado, solía admitirse que la educación y la ciencia iban de par. La victoria en la Segunda Guerra Mundial había dependido de los hombres de ciencia: a veces se la calificaba de guerra “de los físicos”, y efectivamente para ella habían trabajado en laboratorios y gabinetes algunos de los científicos más señeros en electrónica, radar y energía nuclear. Pero fueron los mismos científicos los primeros que comprendieron que los descubrimientos científicos tienen un carácter más internacional que nacional y que la utilización eficaz de la ciencia, que en los años de 1950 y de 1960 iba a plantear arduos problemas morales, dependía de los progresos en las ciencias tanto sociales como naturales.

Sin embargo, la educación y la ciencia no figuraban entre las principales preocupaciones en la Gran Bretaña tal como resultaba de una encuesta electoral realizada en junio de 1945. En primer lugar venía la vivienda, en segundo el pleno empleo y en tercero la seguridad social. Y por entonces el 84 por ciento de las personas interrogadas, gran parte de las cuales eran nuevos votantes, habían decidido ya su voto.

En la preeminencia dada a la vivienda se reflejaba la consigna de la guerra “vivienda para los héroes”, y el pleno empleo era considerado como un objetivo fundamental de la política nacional en 1944, como uno de los “finés y cometidos primarios” del gobierno. La seguridad social había sido objeto del más popular de los informes de tiempos de la guerra, el del liberal William Beveridge, que en 1944 iba a escribir su libro *Full Employment in a Free Society* (Pleno empleo en una sociedad libre). El nombre de Beveridge era uno de los más conocidos del país, pero, tras haber ganado durante la guerra un escaño en una elección parcial, lo perdió en las elecciones de 1945. El plan Beveridge era más importante que el hombre Beveridge. Este iba a criticar la expresión “*welfare State*” (“estado de bienestar” o de “prosperidad”). Sin embargo, ése era el estado cuya construcción emprendió el gobierno laborista, con un amplio servicio nacional de salud inscrito en un lugar prominente de su programa.



Foto © Imapress, Paris

El día en que ese servicio entró en vigor, el 5 de julio de 1948, fue considerado como un nuevo Día D y comparado con el desembarco aliado en Normandía en 1944, y el Partido Laborista insistió en que consiguiera un modelo que los demás debían imitar.

En la práctica iba a resultar difícil hacer compatible esta política social tan activa y desarrollada con los hechos económicos a los que Gran Bretaña debía hacer frente en 1945. El sol brillaba en el firmamento, pero abundaban las nubes. En sus ensayos Huxley se había ocupado poco de los problemas económicos, aunque se hallaba vinculado a la Planificación Política y Económica, un importante grupo de opinión interpartidos, desde su fundación en 1931. Creía el pensador británico en la posibilidad de planificar sin preocuparse demasiado por la cuestión de cuáles eran los mejores métodos para ponerla en práctica. Tampoco la mayoría de los dirigentes laboristas tenían ideas muy claras al respecto. En realidad, en 1945 la Gran Bretaña se enfrentaba con problemas económicos muy graves, tanto a corto como a largo plazo. El día de la rendición del Japón, en agosto de 1945, el Secretario del Tesoro John Maynard Keynes, que entonces ejercía una gran

influencia en la elaboración de la política económica, advertía que la Gran Bretaña corría el riesgo de sufrir un "Dunquerque económico" tan grave como el Dunquerque militar de cinco años antes.

La inversión extranjera se había volatilizado para pagar la guerra, la deuda exterior era cuantiosa y las pérdidas de barcos habían sido graves, lo que amenazaba la recuperación de las exportaciones. Gran número de materiales y de productos alimenticios escaseaban más que durante la guerra y el racionamiento iba a ser a partir de 1945 más duro que en los años más sombríos de la contienda. El repentino término de la ayuda norteamericana de Préstamo y Arriendo fue un rudo golpe para una economía cada vez más vulnerable, y el préstamo indispensable que los Estados Unidos concedieron sólo se consiguió en condiciones difíciles y controvertidas. En consecuencia, el país seguía sometido a un régimen de austeridad. Hasta el pan, que nunca había estado racionado durante el conflicto, lo iba a ser en 1946. "Que hayamos tenido que hacer algo tan impopular", escribía el Canciller del Echequier o Ministro de Hacienda británico, "muestra vívidamente la grave carestía de los años de posguerra."

En noviembre de 1940 los bombarderos alemanes redoblaban sus ataques contra Coventry, ciudad industrial inglesa situada cerca de Birmingham, que poseía importantes fábricas de construcción de aviones y de armas. Los bombardeos, sobremanera devastadores, destruyeron 70.000 casas así como la catedral (en la foto), edificio gótico del siglo XIV.

Las palabras "carestía" y "crisis" iban a ser dos de las más utilizadas en los últimos años 40, época en la que la cola se convertiría en una institución esencial del país en tiempos de paz. El "hombre económico" no había sido suplantado por el "hombre social", contra lo que había afirmado Huxley. El nuevo gobierno tenía que habérselas no sólo con el "hombre económico" representado por los empresarios de siempre, luchando desesperadamente por restaurar sus empresas, o por los ejecutivos de las industrias recién nacionalizadas como el carbón y los ferrocarriles, sino con los "spivs" (una palabra nueva que definía a los pequeños estafadores y traficantes) que laboraban oculta- mente en un mercado negro como nunca caudaloso. Pronto las historietas ilustra- ▶



Foto: J. Ingresse, París

► das se ocuparían de esos “spivs” más que de cualquier otro tema, y también figurarían destacadamente en las películas británicas, muchas de ellas humorísticas, que habían recibido un nuevo soplo de vida durante la contienda y que reflejaban el ambiente de los años bélicos y posbélicos más vívidamente que las obras teatrales, las novelas o la poesía.

Al rememorar el ambiente de la Gran Bretaña en 1945 sería un error centrarse exclusivamente en las cuestiones económicas como la situación de la industria o la austeridad impuesta a los consumidores. Una de las consecuencias de la guerra había sido despertar un vivo interés por las artes, incluida la música, interés que se avivó aun más al finalizar el conflicto. En los años bélicos se había creado un Consejo para el Fomento de la Música y de las Artes, organismo que en 1946 fue sustituido por el Consejo de las Artes, provisto de una subvención oficial anual, modesta sin duda pero comparable a la existente en otros países europeos. “No creo que se haya comprendido aun la importancia de lo que ha ocurrido”, escribía Keynes, todavía más interesado por las artes que por la diplomacia de las relaciones económicas angloamericanas.

canas. “El patrocinio de las artes por el estado se ha introducido furtivamente en nuestro país.”

El gran economista hizo esta observación en un programa de la BBC, y era a menudo a través de ésta —que había sido una voz a la vez inspiradora y consoladora para los pueblos de la Europa ocupada durante la guerra— como se expresaba más universalmente la cultura de la nación. Signo de los tiempos fue que Sir William Haley, Director General de la British Broadcasting Corporation, proyectara el lanzamiento de un nuevo Tercer Programa que presentara lo mejor no sólo de la cultura británica sino también de la europea. Para él, como para sus colegas, la comunidad era “una pirámide cultural de ancha base que aspiraba a elevarse lentamente”. La pirámide estaría servida por tres Programas principales, “diferenciados entre sí pero coincidiendo ampliamente en cuanto a sus niveles y a sus centros de interés, de modo que cada Programa condujera a los otros y se indujera al oyente poco a poco a decidirse en favor de las cosas más dignas y válidas.”

Se trata de una idea muy británica, exactamente igual que el concepto de que

En 1940, durante la batalla de Inglaterra, Londres fue el blanco de los bombardeos alemanes que la destruyeron en gran parte. La ciudad fue bombardeada nuevamente hacia el final de la guerra, en 1944, por los célebres V1 y V2. Arriba, londinenses durmiendo en una estación del metropolitano o tren subterráneo que servía de refugio durante los bombardeos. Escenas como ésta del metro de Londres inspiraron al escultor inglés Henry Moore, nombrado oficialmente “artista de la guerra” de 1940 a 1942, una célebre serie de dibujos a la que pertenece esta Shelter Scene (1941) —Escena en el refugio— (página siguiente).



“cada Programa debe en determinado momento ir por delante de sus oyentes pero no tanto como para perder su confianza.” “Al oyente”, sostenía Haley, “hay que llevarle de lo malo a lo bueno por la curiosidad, el placer y una mayor comprensión. A medida que ascienden los niveles de educación y de cultura de la comunidad, ha de ascender también la pirámide de los programas en su conjunto.”

Un rasgo esencial del ambiente intelectual de 1945 era el optimismo acerca de la pirámide cultural. La reforma de la seguridad social se basaba en un sentimiento de solidaridad. Otras muchas reformas partían del supuesto de que “la educación y la cultura de la comunidad se elevarían en su conjunto” en tiempos de paz. Los economistas podían señalar las dificultades inherentes a la economía británica; en cambio, los sociólogos, una banda más pequeña, señalaban el incremento de la movilidad social y el ascenso del nivel de las aspiraciones sociales.

El Ministro de Relaciones Exteriores, Ernest Bevin, sindicalista de vocación y de carrera, había advertido contra la “pobreza de deseos”. Se abrigaba la esperanza de que ahora desaparecería esa pobre-

za tan completamente como la pobreza que afectaba al cuerpo. La esperanza iba a alcanzar su apogeo por la época del Festival de Gran Bretaña en 1951 que parecía ser un resultado natural de la victoria de los Aliados seis años antes y, curiosamente, esa esperanza se expresaba como algo al mismo tiempo público y privado. “El año 1951”, prometía el Director General del Festival, “será un año de diversión, de fantasía y de color, un año en el que, aun analizando serenamente nuestro gran pasado y nuestro futuro prometedor, podamos por una vez dejar de lado las preocupaciones y solazarnos libremente.”

También la ciencia tenía un lugar asignado en la nueva visión de las cosas. Dos de los aspectos más importantes del Festival eran sendas exposiciones sobre los motores de reacción y sobre la penicilina, con el cambio radical que suponían, respectivamente, para el trabajo humano y para la medicina. Había en el Festival un Domo de los Descubrimientos al que acudían en primer lugar la mayoría de los visitantes. Muchos de éstos venían del extranjero, pese a que aquella era una época en la que se habían restringido considerablemente los viajes y en que la

gente sólo se enteraba de lo que ocurría en otros lugares del mundo gracias a los servicios de información de los periódicos y de la radio, ya bastante racionados.

En 1945 la BBC emitía para el mundo entero y al finalizar la guerra el mundo no europeo se interesaba considerablemente por la Gran Bretaña. En mayo de 1945 se consideraba todavía probable que la guerra contra el Japón en el Lejano Oriente continuaría durante un periodo imprevisible, pero, una vez finalizada la contienda, los problemas políticos de Asia empezaron a aparecer en la cabecera de los periódicos.

Inevitablemente, los problemas del imperio se imponían a un gobierno británico que contenía un fuerte elemento antiimperialista y que deseaba resolverlos lo más rápidamente posible. Ya en 1945 la palabra más utilizada para referirse al imperio heredado era “Commonwealth”, y éste era el término que empleaba siempre el gobierno laborista: no simpatizaba nada con los intentos de otras potencias imperiales que, en su opinión, querían poner de nuevo el reloj del imperio a la hora de 1939. En particular, el gobierno deseaba fervientemente acelerar el proceso de la independencia de la India y tratar de introducir una política de bienestar social en Africa.

Había un elemento más en la concepción que entrañaba la idea de Huxley de que se estaba produciendo una revolución mundial. Se hacía gran hincapié en el “desarrollo”, y ello pese a que la economía relativa a éste se explicaba de tal forma que se realizaban más las ventajas que el desarrollo de las regiones tropicales tendría para Gran Bretaña que sus ventajas para unos pueblos que aun no habían conseguido su independencia política. Por el aire de la época andaba la idea de que el mundo entero era una gran finca sin desarrollar.

Los cambios principales en el mundo de la época serían plenamente evidentes después de 1947, cuando el subcontinente indio obtuvo su independencia y aun se producirían varias crisis antes de que el mapa del mundo quedara trazado de nuevo. Pocas personas podían prever en 1945 la rapidez con que se producirían los futuros cambios, pero esto ya no dependía de los británicos sino de otros actores del drama mundial. Gran Bretaña había ganado la guerra junto con sus Aliados, pero en el camino había perdido una parte de su poder. Hubo de pasar mucho tiempo para que tal situación se advirtiera con claridad, y nuevamente iban a ser gentes no británicas las más capacitadas para calibrar sus consecuencias.

ASA BRIGGS (*Lord Briggs*), conocido especialista británico en historia social y económica de Inglaterra, ha sido desde 1976 director del Worcester College de Oxford y desde 1978 rector de la Open University (Universidad Abierta). Entre sus numerosas obras destacan *A Social History of England (1983)* y una *History of Broadcasting in the United Kingdom (Historia de la radiotelevisión en el Reino Unido)*, cuyo cuarto volumen, *Sound and Vision*, apareció en 1979. En 1976 fue nombrado *Par vitalicio del Reino Unido*.



Cómo entró la “s” en “Unesco”

DE los numerosos factores que en 1945 se conjugaron para desembocar en la creación de la Unesco los más importantes fueron sin duda el ambiente histórico del momento y la voluntad política de todos los países de fundar organismos para la preservación de la paz tras la guerra más destructora de la historia.

Pero hay también otro factor cuya importancia se ha subestimado frecuentemente, y es la contribución de hombres y mujeres que, apasionadamente movidos por sus convicciones personales, imprimieron un carácter indeleble a la Organización naciente. Entre ellos figuran, de manera especial, “los que introdujeron la S en Unesco”.

En realidad, la primera carta de invitación a la Conferencia de Ministros Aliados de Educación (CMAE) se refería exclusivamente a cuestiones educativas, aunque pronto los ministros ampliaron sus debates a una gran variedad de temas culturales e inclusive científicos. A fines de 1943, cuando se propuso aumentar el número de miembros de la CMAE, la Conferencia seguía limitándose aun a la idea de crear una organización internacional “a fin de promover la cooperación en materia de educación” (¿UNEO?).

Cuando los Estados Unidos entraron a formar parte de la CMAE, la delegación de ese país llegó a la reunión con un plan para el establecimiento de una *Organización de las Naciones Unidas para la Reconstrucción en materia de Educación y de Cultura* (¿UNECREC?), pero en enero de 1945 el Departamento de Estado norteamericano se refería ya a la creación de una *Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura* (¿UNESCO?), y era un organismo así llamado provisionalmente el que se propuso crear la Conferencia de noviembre de 1945.

Con estos antecedentes como telón de

fondo, algunos científicos luchaban denodadamente entre bastidores para que se incluyera la ciencia tanto en el nombre de la Organización como en su programa de actividades.

Encabezaba tal combate Joseph Needham, jefe de la Misión Científica Británica a China, hábilmente secundado por Julian Huxley. Los documentos que a continuación se reproducen dan una idea del camino que siguió la perseverante acción de Needham hasta imponerse finalmente.

El 29 de diciembre de 1943, Needham esbozaba por primera vez su idea de un Servicio Internacional de Cooperación Científica en los siguientes términos:

Quisiera exponer en unas cuantas palabras lo que me parece necesario en la cooperación científica internacional de la posguerra. Considero que ha pasado ya la época en que bastaba con lo que hacían los científicos trabajando separadamente o incluso en grupos organizados en universidades, asociaciones, etc., de determinados países y comunicándose entre sí a través de las fronteras nacionales como individuos. La ciencia y la tecnología están desempeñando ahora, y cada vez más, un papel tan decisivo en la civilización humana tomada en su conjunto que es urgente encontrar los medios necesarios para que la ciencia pueda trascender eficazmente las fronteras nacionales. Las Oficinas de Cooperación Científica que ya se han creado en las capitales de las Naciones Unidas constituyen una pieza del mecanismo que deberá seguir funcionando después de la guerra. Mas tal necesidad de contacto no podrá satisfacerse ni nombrando “adjuntos científicos” en todas las Embajadas, ya que ello supondría someterse demasiado a las formalidades diplomáticas, ni enviando de un país a otro a científicos o técnicos más bien fieles a los intereses comerciales de las empresas privadas, ya que su consejo no sería probablemente ni desinteresado ni imparcial. Lo que me gustaría ver nacer es una suerte de Servicio Internacional de Cooperación Científica, cuyos representantes en todos los países tuvieran un rango semidiplomático y dispusieran plenamente de los servicios oficiales de información y transporte, pero que pudieran ser contratados en cualquier labora-

torio gubernamental o universitario —al que podrían volver tras prestar sus servicios— y que, por ende, estarían libres de todo compromiso comercial. Uno de los objetivos inmediatos de tal Servicio Internacional sería la transferencia de los adelantos más recientes de la ciencia pura y aplicada de los países occidentales altamente industrializados a los orientales menos industrializados; pero habría también una enorme variedad de conocimientos que podrían circular en la dirección contraria.

Needham desarrolló estas ideas en tres memorándums detallados que envió a numerosos diplomáticos, políticos y hombres de ciencia de los Países Aliados, prolongando tal iniciativa mediante sus contactos personales con importantes personalidades de los Estados Unidos, de la Gran Bretaña y de la Unión Soviética. Por ellas se enteró del propósito de crear una Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura e inmediatamente vio en ésta el organismo adecuado al que podría integrarse su proyecto de Servicio Internacional de Cooperación Científica. Fue en su tercer memorándum, titulado “El lugar de la ciencia y de la cooperación científica internacional en la organización mundial de la posguerra” y fechado el 15 de marzo de 1945, donde el nombre de “Unesco” apareció por primera vez en un documento público. He aquí un fragmento del resumen que el propio Needham adjuntaba a su tercer memorándum:

1) Se ha propuesto la creación de un Servicio Internacional de Cooperación Científica (ISCS). Está claro que semejante organización tiene ante sí inmensas tareas en beneficio de la humanidad dada la rápida expansión y difusión de los conocimientos. En lo que respecta particularmente a la asistencia que puede prestar a los científicos y técnicos de los lugares más remotos del mundo, hay muchas cosas que no está haciendo y que no podrá hacer ninguna otra organización.

2) La Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura (UNESCO), que se está planeando actualmente, podría englobar el organismo propuesto más arriba, ajustándose a ciertas condiciones. Sería conveniente incluir la pala-

La destrucción de Hiroshima y Nagasaki por sendas bombas atómicas en agosto de 1945 suscitó una profunda inquietud acerca de las consecuencias de la utilización de las investigaciones científicas. Tal inquietud se reflejó en los debates de la Conferencia que creó la Unesco y definió sus esferas de actividad. En la foto, el “hongo atómico” que se elevó sobre Nagasaki el 9 de agosto de 1945.

► bra "Ciencia"* en el nombre de la Organización de modo que éste sea UNESCO y garantizar que su Constitución abarque los intercambios internacionales en materia tanto de ciencias aplicadas como puras.

Hubo al comienzo quienes se opusieron a la propuesta de Needham, de lo cual dan fe los siguientes fragmentos de una carta fechada el 11 de mayo de 1945 y escrita por un funcionario del Ministerio británico del Interior a un colega suyo del Ministerio de la Producción:

(...) Tenemos ya copias de las observaciones del Dr. Needham provenientes de diversas fuentes. En cuanto a su preocupación por el lugar que debe ocupar la ciencia en la proyectada Organización de las Naciones Unidas para la Cooperación Educativa y Cultural, puedo asegurar a usted que los derechos de la ciencia no

(*) En inglés, Science.

Joseph Needham (1900), bioquímico, sinólogo e historiador de la ciencia inglés, que encabezó el movimiento tendiente a hacer que se incluyera la ciencia en las actividades de la Unesco.

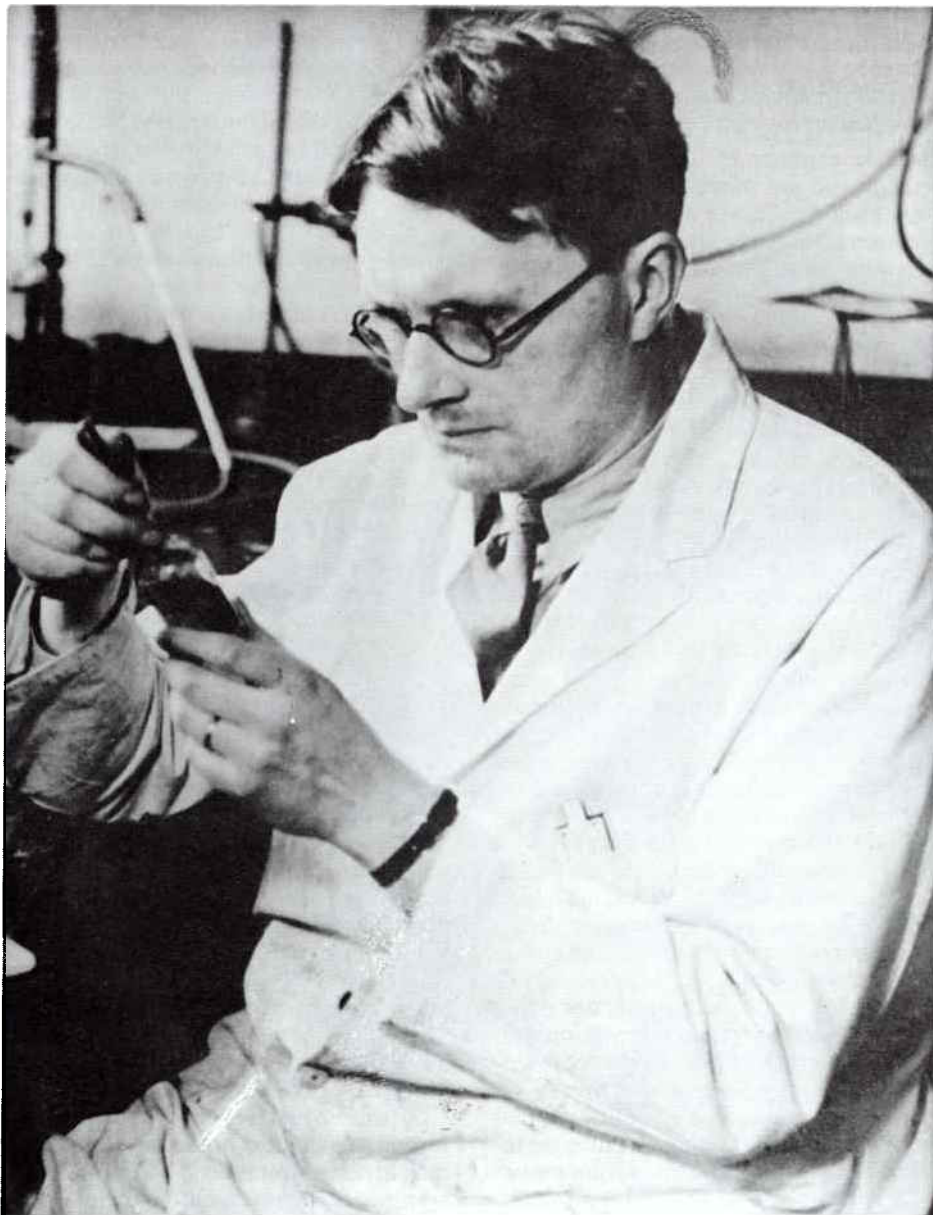


Foto Unesco

serán ignorados cuando la nueva organización comience sus actividades (...). Las observaciones del Dr. Needham las ha transmitido al Consejo Ejecutivo de la Conferencia de Ministros Aliados de Educación el secretario de su Comisión de Ciencias, Dr. J. G. Crowther. Hay una oposición general a la inclusión de la palabra "ciencia" en el nombre de la Organización porque ello supondría una distinción entre ciencia y cultura que repugna no sólo a la lengua inglesa sino también a su utilización en Gran Bretaña (...)

Mientras tanto, Julian Huxley había estado defendiendo entre bastidores la causa de la ciencia. El 14 de agosto de 1945 escribía una carta a Philip Noel-Baker, del Ministerio de Relaciones Exteriores (véase la página siguiente), en que resumía los principales puntos de una conversación que ambos habían sostenido ese día y a la que pertenecen los siguientes fragmentos:

(...) Algunos hombres de ciencia se preocupan por que la proyectada organización educativa y cultural de las Naciones Unidas tenga un carácter más resueltamente científico de lo que aparece ahora. La cultura *no* abarca la totalidad de la ciencia así como la ciencia no abarca toda la cultura. Para emplear un americanismo, queremos poner la S en Unesco. Esto podría alcanzarse, a nuestro juicio: 1) incluyendo la palabra "Ciencia" en el nombre, 2) creando una Organización esencialmente tripartita, con una sección que se ocupara de la educación en su sentido más restringido, la segunda de la cultura en su acepción de humanidades y artes y la tercera de las ciencias puras y aplicadas (...).

La Unesco debe tener funciones claramente definidas en todas sus secciones —en la de educación, suministrando servicios y medios educativos; en la de cultura mediante, por ejemplo, un estímulo positivo a las artes; y en la de ciencia desempeñando precisamente las funciones que usted ha esbozado (...).

Pero la batalla no se había ganado aun ni siquiera cuando la Conferencia que iba a crear la Unesco comenzó el 1º de noviembre de 1945. En su discurso de bienvenida a los delegados, el Primer Ministro británico, Clement Atlee, se refirió detenidamente a la educación y la cultura pero no dijo una sola palabra sobre la ciencia. Sin embargo, el "hongo atómico" que meses atrás se elevaba sobre Hiroshima y Nagasaki había convertido la ciencia y la investigación científica en una candente cuestión de actualidad. De ahí que en su discurso inaugural Ellen Wilkinson, Ministra de Educación de Gran Bretaña y Presidenta de la Conferencia, declarara:

Aunque en el nombre original de la Organización no figura la ciencia, la delegación británica presentará una proposición para que se la incluya, de modo que el nombre sea "Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura". En esta época, cuando todos nos preguntamos, quizás con miedo, qué más van a hacernos los científicos, importa que éstos se mantengan estrechamente relacionados con las humanidades y tengan conciencia de su responsabilidad para con la humanidad por el resultado de sus trabajos. No creo que, tras la catástrofe mundial, haya científico alguno que pueda sostener todavía que no le interesan en modo alguno las consecuencias sociales de sus descubrimientos.

Estas palabras de Ellen Wilkinson resumían la inquietud que experimentaban los delegados y el 6 de noviembre de 1945, durante la 3ª sesión de la Primera Comisión de la Conferencia (cuya tarea consistía en decidir el nombre de la Organización, redactar el preámbulo de su Constitución y definir sus objetivos y funciones principales), la "S" de Science fue finalmente incorporada al nombre de la que en adelante sería la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. □

16. Queen Anne's Gate,
London, S.W.1
Whitehall 7245
14th August 1945

The Rt. Hon. Philip Noel-Baker, M.P.
The Foreign Office,
Whitehall, S.W.1.

My dear Noel-Baker,

I thought you might like to have the heads of our discussion this morning in writing. Here they are:-

In the first place, a number of scientific men are concerned that the proposed new cultural and educational organisation of the United Nations should be more definitely scientific than now appears: Culture does not cover all of science, any more than science covers all of culture. To use an Americanism, we want to put the S in UNESCO. This, it seems to us, could be achieved (1) by inserting "Scientific" in the title, (2) by having the organisation essentially tripartite, one section dealing with education in the narrow sense, the second with culture in the sense of the humanities and arts, the third with science, pure and applied; the three to have, presumably, somewhat overlapping membership and being under a central coordinating committee; but they would be the main executive agencies. An alternative would be to have a totally separate United Nations Scientific Organisation, but I am opposed to the unnecessary multiplication of agencies on them being axed in periods of

As a first step towards country might be asked to send in November (certainly not more content with one, in view of t

1. The Royal Society, repr science in general. (I to the Foreign Secretary
2. The Association of Science professional capacity (
3. The Parliamentary and Science Institutes.

Later these delegates, together with one or two representatives of the bodies concerned, might be asked to meet the Government departments concerned for discussion.

I hope that foreign Governments will also be specifically asked to send adequate scientific representation. Possibly this may already have been done, but I should not imagine so. I think we want to be sure that younger men and the applied scientists are represented, as well as their elders and the more academic branches.

Then it would appear to be important, and indeed urgent, that the Government should have a scientific adviser on different questions of international scientific organisation. I would venture to suggest that Dr. Joseph Needham, F.R.S., now head of the British Scientific Mission to China, could be secured for a few months for this purpose (though I feel that he should not be kept too long from his most useful work in China).

In discussion, you raised the question whether there was not room for a separate scientific organisation to undertake more positive functions for social welfare, e.g. in relation to erosion, pest-control, health, etc. When I said that I felt it would be undesirable to duplicate the scientific section of the UNESCO, you said that in your view UNESCO would only be "cultural". On reflection, I fear I must disagree with you. UNESCO should have definite positive functions in all sections - in education in actually providing certain types of educational facilities, in culture in positive stimulation of e.g. the arts, and in science in just such functions as you outlined. Further, apart from the undesirability in principle of multiplying agencies, there is the difficulty that one does not wish to dissipate the all-too-scarce scientific manpower available.

There does, however, seem to me to be a case for representation of science at a higher level - in relation to the (a) Social and Economic Council and to the (b) Security Council. In regard to (a) there will be need for coordination and advice on the scientific aspects of many organisations under the Council, e.g. health, food, UNESCO, etc., and I should imagine there will be similar need in relation to (b). In the latter case, you certainly want a strong scientific body to deal with problems such as research for war, including research on atomic bombs, etc. Whether these two high-level committees could be combined I do not know - probably not, but this whole question appears to me to need further discussion.

Many thanks for the sympathetic understanding you showed towards these problems.

Yours sincerely,

Julian S. Huxley

Los primeros pasos

por Julian Huxley

En este fragmento del segundo volumen de su autobiografía, *Memories II* (1973), que reproducimos con la amable autorización de la editorial George Allen and Unwin Ltd., de Londres, el ya desaparecido Sir Julian Huxley evoca la época henchida de interés que va desde marzo de 1946, fecha en que fue nombrado sucesor de Alfred Zimmer como Secretario General de la Comisión Preparatoria para la Educación, la Ciencia y la Cultura, hasta sus primeros días como Director General de la Unesco.

Texto copyright © Prohibida la reproducción

LAS oficinas de la Comisión estaban en Carlos Place. El día que crucé por primera vez su umbral provisto de mi nuevo cargo me sentía muy nervioso, como si fuera al mismo tiempo el director de una escuela y uno de los escolares que en ella entraban por primera vez. Por fortuna, la Sra. Brunauer¹ se sabía todas las tretas y yo pronto pude pisar terreno firme en mi extraño cargo.

Una vez instalado, pensé que debía tratar de aclarar mis ideas acerca del papel de la Organización. Así pues, me tomé quince días de permiso y una vez más busqué la compañía de Ronald Lockley (con quien había rodado la película *The Private Life of the Gannet*—La vida privada del alcazaz— en una isla frente a la costa de Pembrokeshire); vivía ahora en una casa de campo de Dinas Head, también en Pembrokeshire. Allí, en los intervalos entre paseos y conversaciones, explorando el promontorio y tomando el sol con mi huésped en los rincones protegidos que daban a los acantilados de piedra arenisca poblados de aves marinas, escribí un folleto de 60 páginas titulado *Unesco, its Purpose and its Philosophy*—La Unesco, sus fines y su filosofía— (véase la página 28).

En dicho texto, además de poner de relieve sus evidentes tareas en materia de fomento de los intercambios culturales y de ayuda a los sistemas educativos de los países atrasados (o, como decimos ahora, “subdesarrollados”)², sostenía yo que la Unesco no podía apoyarse en ninguna doctrina religiosa (entre las diversas religiones y sectas la disputa era constante) ni en ninguno de los conflictivos sistemas de filosofía en vigor. La Unesco, escribía, debe trabajar en el marco de lo que yo llamaba *humanismo científico*, fundado

en los hechos demostrados de la adaptación y el avance biológicos que origina la evolución en sentido darwiniano, que se prolongan en la esfera humana por las presiones psicosociales y que conducen a una suerte de progreso que permite al hombre incrementar su dominio y la conservación del medio ambiente y de las fuerzas naturales. En lo que a la Unesco atañía, el proceso debía orientarse por los ideales humanistas de ayuda mutua, por la propagación de las ideas científicas y por los intercambios culturales.

Mi texto fue presentado a la Comisión, ordenándose su publicación como documento oficial. Pero un sábado en que me aprestaba a viajar a Oxford en busca de personal posible para la Organización, me enteré de que Sir Ernest Barker, el historiador, que había sido nombrado miembro de la Comisión en razón de su trabajo sobre el Comité del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones (véase la página 6), estaría presente en la reunión que iba a discutir el papel de la Unesco en materia de filosofía. El y yo habíamos mantenido una disputa en torno a mi actitud para con las religiones establecidas cuando yo era profesor de zoología en el King's College de Londres, del que él era director, y yo tenía la sospecha de que iba a haber problemas, imaginando con razón que atacaría mi folleto.

Hombre de iglesia convencido, Barker arguyó vigorosamente contra la idea de que la Unesco adoptara lo que él llamaba una actitud ateísta disfrazada de humanismo y logró que los miembros de la Comisión aceptaran declarar, al poner en circulación el documento, que éste expresaba sólo mis opiniones personales, no las de la Comisión.

Ahora que lo pienso, creo que tenía

razón. Aunque la Unesco ha trabajado efectivamente en función de unos ideales humanistas, habría sido desacertado formular una doctrina como base de su labor. Además, un tono puramente humanista habría despertado la hostilidad de los principales grupos religiosos del mundo (...)

Mientras tanto, se planteaba el arduo problema de contratar al personal; era ésta una tarea que yo tenía que comenzar, fuera o no nombrado más tarde Director General. A algunos funcionarios los nombré directamente; tal fue el caso de Joseph Needham, eminente bioquímico de Cambridge que se interesaba también por la cultura china y por la historia de la ciencia, y de John Bowers, que me recomendó un colega de tiempos de la guerra por su experiencia directa de las necesidades fundamentales de los países subdesarrollados.

Hubo un funcionario que prácticamente se nombró a sí mismo... con excelentes resultados. Tenía que dar con alguien que se encargara de la sección de bibliotecas. Desmond Bernal había recomendado a una bibliotecaria inglesa, pero yo no estaba seguro de que fuera competente, por lo cual pedí consejo a Edward Carter, mi vecino de Hampstead (y bibliotecario del Instituto Real de Arquitectos Británicos). Su respuesta fue bien sencilla: “¿Por qué no yo?”

Edward se mostró excelente, especialmente a la hora de lograr que la Unesco organizara buenas bibliotecas modernas en los países subdesarrollados. Posteriormente vería yo la que se creó en Nigeria meridional y me encantó comprobar que no sólo se hallaba instalada en un bello edificio (como era de esperar de un hombre que se interesaba por la arquitectura) sino que además estaba muy bien provi-

sionada y tenía numerosos lectores en sus espaciosas salas.

Otros funcionarios me fueron recomendados por amigos. Por ejemplo, Sir Kenneth Clark me recomendó al joven australiano Peter Bellow como jefe de la sección de bellas artes (...)

Pero otros me fueron presentados por sus respectivos gobiernos. Cuando la Comisión Preparatoria estaba aun en Londres, Julien Cain, el encantador y docto director de la Biblioteca Nacional de París, vino a verme con un joven llamado Jean Thomas, al que las autoridades francesas recomendaban oficialmente como adjunto mío. Se daba por supuesto que, a cambio de renunciar a nombrar al Director General, Francia sería la sede de la Organización y uno de sus dos Directores Generales Adjuntos sería francés. Jean Thomas y yo mantuvimos excelentes relaciones durante todo mi mandato, mientras Julien Cain se convertía en un miembro influyente del Consejo Ejecutivo. El y su talentosa mujer (que en otros tiempos había sido secretaria de Paul Valéry) mantuvieron una amistad íntima con Juliette³ y conmigo.

Los franceses me recomendaron también a Pierre Auger, éste para un puesto en el Departamento de Ciencias. Auger era un excelente físico, lo que venía a compensar la competencia de Needham en materia de biología; con el tiempo sucedería a éste como director del Departamento.

Alva, socióloga y esposa del renombrado economista sueco Gunnar Myrdal, se encargó de la División de Ciencias Sociales y yo mismo pedí a John Grierson, pionero en materia de películas documentales, que dirigiera la sección de cine del Departamento de Artes. Flora McGlade (a quien solía llamarse Mac, sin más) estaba ya en mi despacho, tras haber sido asistente de Zimmer en la Comisión Preparatoria. Durante mis años en la Unesco trabajó como una de mis secretarías. También tomé a Friedl Rothschild, que había trabajado en el P.E.P.⁴, pero pronto tuve que añadir otros miembros a mi gabinete personal: la Sra. Paulette Matthews, como segunda secretaria encargada de la cuantiosa correspondencia oficial, y Claude Berkeley, primo del compositor del mismo nombre, como asistente personal que debía ocuparse constantemente de las quejas y preparar las visitas y los viajes propios de mis funciones.

Alfred Métraux tomó a su cargo la mayor parte del trabajo en cuestiones de antropología y sociología, mientras su hermano menor Guy, después de trabajar en varias secciones, terminó siendo un muy eficaz secretario de la comisión encargada de la *Historia de la Humanidad* emprendida por la Unesco.

Emilio Arenales, propuesto por Guatemala, demostró su gran capacidad ocupándose de los países latinoamericanos en general, con Manolo Jiménez⁵ a cargo de los asuntos mexicanos y de los procedimientos internos.

Estaba también la Dra. Irina Zhukova, rusa de nacimiento, que trabajaba en la



Foto Unesco

Julian Huxley (1887-1975), científico, filósofo y educador británico, primer Director General de la Unesco (1946-1948).

sección de psicología del Departamento de Ciencias, encargándose especialmente de las relaciones con la OMS (Organización Mundial de la Salud).

Con ello podíamos empezar a andar. Me agenció además los servicios de otro francés, Michel Montagnier, para ocuparse de la preparación de las Conferencias, tarea que realizó con eficacia suma, y de un suizo, André de Blonay, quien tenía a su cargo los asuntos de las delegaciones nacionales, especialmente durante las Conferencias Generales. Un profesor chino, el Dr. Kuo, fue nombrado director de la División de Educación.

Algo más tarde los Estados Unidos presentaron a un norteamericano, Walter Laves, para ocuparse de las cuestiones de administración interna. Por desgracia, este tipo de cuestiones creaban a menudo

problemas, por los celos que surgían entre las distintas divisiones, y recuerdo que una vez tuve que mediar entre una división y el personal encargado de preparar el presupuesto de la Unesco. El director de dicha división pensaba que los hombres del presupuesto tenían que acudir a su despacho, mientras que ellos creían que les correspondía a los demás, incluidos los Subdirectores Generales, acudir al suyo cuando se lo pidieran. Corté el nudo gordiano invitando a ambas partes a encontrarse en mi despacho.

Pero mucho más pesada que estas disputas fue la tarea de elaborar el programa para el año siguiente. El programa, junto con el cálculo de su costo, debía presentarse a la próxima Conferencia General que, en teoría (y en la práctica así ocurría a veces) podía suprimir un punto u otro, negarse a conceder la financiación necesaria e incluso urgir la inclusión de nuevos puntos.

Dificultaba esta tarea una anomalía existente en las relaciones entre el Consejo Ejecutivo y el Director General. Se ▶

► gún la primitiva Constitución, el Consejo Ejecutivo tenía competencia en la elaboración del programa, consultando naturalmente al Director General. Esto daba lugar a tantos desacuerdos, y a tan considerable pérdida de tiempo, que en 1948 se modificó la disposición correspondiente: en adelante sólo al Director General incumbía la tarea de preparar el programa, mientras que el papel del Consejo se limitaba a comentarlo o criticarlo.

Este es sólo un ejemplo de cómo había que improvisar todo y tomar disposiciones para resolver las divergencias entre las distintas divisiones, el Director General y el Consejo. Tales divergencias eran quizás inevitables en una nueva organización —a decir verdad, un nuevo tipo de organización, ya que el cometido de la Unesco era mucho más amplio que el del primitivo Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones. En todo caso, me proporcionaron múltiples quebraderos de cabeza durante mi mandato.

Quebraderos de cabeza, es verdad, pero también interés y un sentimiento enardecido: el de dirigir un vasto y nuevo experimento internacional, estímulo que siguió actuando en mí a lo largo de los agotadores dos años y medio en que ejercí el cargo.

Una vez iniciada mi labor en la sede de la Unesco en París, tuve que negociar con el Consejo Ejecutivo para todos los problemas importantes. En 1947 el Consejo tenía sólo 18 miembros, elegidos entre los delegados de los Estados Miembros: uno por el Reino Unido, otro por Francia y otro por Estados Unidos (y uno más por la Unión Soviética cuando ésta ingresó en la Unesco en 1949), otro por el país donde debía celebrarse la siguiente Conferencia General, y representantes de otros países hasta completar la cifra total.

En 1947 formaban parte del Consejo varias personalidades destacadas: el británico John Maud (posteriormente Lord Redcliffe-Maud), el norteamericano Archibald MacLeish, el francés Pierre Auger (que pronto se convertiría en director de la División de Ciencias Naturales de la Unesco), el griego Dr. Photiades, el profesor brasileño Carneiro (más tarde presidente de la Comisión de la Unesco sobre la Historia Cultural y Científica de la Humanidad), Sir Sarvepelli Radhakrishnan, estadista y filósofo indio, el australiano Ronald Walker, etc.

El principio originalmente aplicado era que los miembros del Consejo fueran personalidades destacadas en el campo de la educación, las ciencias y las artes, procedentes de distintas regiones pero votando con carácter individual y no como representantes de sus respectivos países. La idea era buena, pero a decir verdad no funcionó. Los miembros del Consejo eran casi siempre personas destacadas, pero solían votar en favor de las medidas aprobadas por sus propios gobiernos. Así pues, con el tiempo se convertían en representantes de sus países de origen, además de ser especialistas en algunas esferas de competencia de la Unesco.

Otra dificultad emanaba del presupuesto de la Unesco. El Consejo estaba originariamente facultado para proponer un presupuesto suficiente para realizar el programa presentado a cada Conferencia General. Ello engendraba numerosas divergencias y disputas, ya que los miembros del Consejo hacían con demasiada frecuencia propuestas que beneficiaban esencialmente a su país o región. Su deber era consultar al Director General, pero a menudo esa consulta revestía un carácter puramente formal.

Tal sistema resultaba bastante ilógico, y durante mi mandato el Director General tuvo bajo su responsabilidad al mismo tiempo los detalles del programa y la presentación del presupuesto estimado. Naturalmente, tenía que consultar al Consejo y tomar en consideración cuantos comentarios u objeciones pudiera hacer, pero el ineficaz sistema de dividir las facultades quedó descartado (...)

La Conferencia de Londres⁶ había establecido que la Unesco podría recabar en materias técnicas la ayuda de las organizaciones internacionales no gubernamentales relacionadas con las esferas de la competencia de la Organización y, en caso necesario, contribuir a la creación de otras nuevas. Por consejo de Needham, el CIUC, o Consejo Internacional de Uniones Científicas, fue la primera de esas organizaciones que quedó agregada a la Unesco. Le proporcionamos oficinas en la Casa Central de la Organización en París y sueldos para su personal; anteriormente, el profesor de Cambridge que era su secretario —y único ejecutivo— tenía que dictar toda su correspondencia en las salas de su “College”.

El CIUC prestó constantemente a la Unesco su valioso asesoramiento, por ejemplo sobre los usos pacíficos de la energía atómica, sobre los centros regionales de cooperación científica e intercambio de conocimientos, sobre la organización de congresos científicos internacionales y sobre las relaciones con otras organizaciones internacionales relacionadas con la ciencia, como la FAO para las ciencias agrícolas y la ecología aplicada y la OMS para la medicina, la fisiología y la seguridad social.

Poco después, tras una visita sorpresa que me hizo un rico coleccionista de arte norteamericano, administrador de la Art Gallery de Buffalo, acepté recomendar que se agregara a la sección de cultura de la Unesco una Comisión Internacional de Museos. Gracias al asesoramiento de ésta (y de otros organismos internacionales relacionados con las artes), la Unesco ha realizado desde entonces una valiosa labor, prestando ayuda financiera a galerías y museos y publicando y difundiendo excelentes reproducciones de pinturas, esculturas y obras arquitectónicas poco conocidas de diversos países, en especial reproducciones aptas para ser utilizadas en la escuela.

En el caluroso verano de 1947 creamos también un Instituto Internacional del Teatro (su objeto era el drama, la ópera, el cine y el ballet), ello tras la insistente demanda de Jack Priestley⁷, un nortea-

americano llamado Kuntz y John Grierson. Del comité encargado de crear el Instituto formaban parte personajes muy conocidos de los círculos teatrales, como el director y actor francés Jean-Louis Barrault, el inglés Sir Tyrone Guthrie y la norteamericana Lillian Hellman (...)

La Comisión se trasladó a París a fines de noviembre de 1946 y nosotros y otros delegados instalamos nuestras oficinas en el antiguo Hotel Majestic, donde se celebró la Conferencia de la Paz tras la Primera Guerra Mundial. Durante la segunda el hotel fue requisado por los alemanes y mi despacho oficial se “distinguía” por haber sido el del conocido comandante en jefe nazi de París: la Kommandantur. El hecho de que yo ocupara ese despacho venía así a simbolizar la transición de la guerra y el racismo a la paz y la cooperación cultural.

El pleno del Consejo Ejecutivo se reunía ahora diariamente para estudiar no sólo el marco de la labor de la organización y sus actividades inmediatas sino también a quién debía nombrarse Director General.

Archibald MacLeish, el ilustre escritor y poeta norteamericano, que era también bibliotecario del Congreso de su país, había escrito un brillante preámbulo a la Constitución de la Unesco en el que hacía hincapié en el papel de la Unesco como promotora de la paz —la paz mediante la educación, la paz mediante la ciencia, la paz mediante la cultura, la paz por todas partes en el corazón de los hombres—, una rutilante esperanza más bien que una guía para la acción práctica.

Los Estados Unidos querían que MacLeish fuera el Director General, pero él declinó la oferta diciendo que no podía restar tiempo a su labor literaria. El delegado británico, Sir John Maud, propuso mi nombre, y había uno o dos candidatos más (...)

Al final vino John Maud a decirme que había sido elegido, pero sólo por dos años, en vez de los cinco constitucionalmente establecidos (...)

Considerando ahora la cosa retrospectivamente, me alegra que me nombraran pero también que no tuviera que ejercer el cargo durante cinco años, porque el esfuerzo habría sido demasiado grande (justamente, un Director General posterior a mí consideró que la tarea era demasiado para él por lo que dimitió al mediar su mandato).

(1) La Sra. Branauer, norteamericana, había sido asistente del anterior Secretario Ejecutivo, Sir Alfred Zimmer.

(2) Con el paso del tiempo esos países han terminado por llamarse “en desarrollo” o “en vías de desarrollo”.

(3) Juliette Huxley, de soltera Baillot, esposa de Julian Huxley.

(4) *Political and Economic Planning* (Planeamiento político y económico), grupo de opinión británico independiente e interpartidos.

(5) Manuel Jiménez Cossío, español de nacimiento, hijo y nieto, respectivamente, de dos conocidos hombres de la Institución Libre de Enseñanza: Alberto Jiménez Fraud y Manuel Bartolomé Cossío.

(6) Conferencia de las Naciones Unidas con miras a la Creación de una Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Londres, 1º al 16 de noviembre de 1945.

(7) J. B. Priestley, famoso comediógrafo inglés.

Educar para la paz

Reproducimos a continuación fragmentos de las observaciones que Archibald MacLeish hiciera en un debate radiofónico con el Dr. F.L. Schlegle, Presidente de la National Education Association de Estados Unidos, el Sr. Herbert Emmerich, Director de la Public Administration Clearing House, y el Dr. Francis Bacon, miembro de la Educational Policies Commission de la National Education Association, debate transmitido el 12 de diciembre de 1945, un mes después de la creación de la Unesco.

Naturalmente que podemos educar para la paz mundial. Es más, yo iría más lejos, hasta afirmar que no hay forma posible de alcanzar la paz mundial si no es a través de la educación. Lo que significa educación de los *pueblos* del mundo. Para lo único que sirven los acuerdos entre gobiernos es para eliminar las causas de desavenencia que con el tiempo puedan convertirse en causas de guerra. Pero ahora empezamos todos a comprender que la paz es mucho más que la ausencia de guerra. La paz es algo positivo, no algo negativo. La paz es una forma de convivir que excluye la guerra, más bien que un periodo de tiempo en que los pueblos tratan de convivir.

Pero en este tipo de debate la dificultad no radica en las respuestas. Lo difícil son las preguntas. Y lo malo de las preguntas es que se hacen —tienen que hacerse— con palabras que han perdido su frescura y su contenido significativo (...).

El problema que se plantea realmente (...) cala más hondo. Tiene que ver con el efecto que en el espíritu humano tienen palabras como “comprensión internacional” y “educación” y “cultura” (...).

Así pues, para poder hablar con inteligencia y oportunidad de cuestiones como la educación para la paz o el establecimiento de la comprensión internacional, tendremos que encontrar los abrasivos capaces de raspar esas palabras hasta devolverles su viviente sentido original. Por una razón que nunca he podido comprender, la gente tiende a creer fácilmente que una cosa a la que llamamos “economía” es algo real y otra a la que llamamos “política” es algo apasionan-



Archibald MacLeish (1892-1982), poeta norteamericano, director de la Biblioteca del Congreso de Washington, quien presidió la comisión que redactó el Preámbulo de la Constitución de la Unesco.

te, mientras que todo aquello a que nos referimos generalmente con las palabras relativas a la vida del espíritu humano es inevitablemente insulso y rancio, irrealista y confuso (...).

En realidad, en el mundo en que vivimos, que es muy distinto del mundo en que creemos vivir, las relaciones entre los pueblos en lo que atañe a las cosas en que piensan, en que creen y que esperan, es decir en lo que atañe a sus procesos mentales, a las cosas que les distinguen como hombres, son mucho más vívidas, tienen mucho más sentido que los acuerdos económicos y políticos entre los gobiernos que ocupan las primeras planas tanto de nuestra mente como de nuestros periódicos (...).

No minimizo la tremenda importancia de las soluciones económicas para los problemas de ese tipo ni de los remedios políticos para los errores de la misma clase. Digo simplemente que, aun siendo importantes, esas cosas lo son menos que la creación de un mundo de palabras e imágenes y conocimiento mutuo en el cual los hombres puedan hablarse unos a otros.

Lo que intentamos conseguir en Londres fue inventar un instrumento internacional que pudiera ayudarnos a crear ese mundo mediante el empleo de todos los canales de comunicación —la educación y la radio, la prensa y la erudición, el cine y la música, el periodismo en todas sus formas y las artes vivas. Si la cuestión que plantean ustedes es la de si va a funcionar nuestro instrumento internacional, les pediré a mis colegas Emmerich y Schlegle que tomen nota de que mi voto es Sí. □

Aplicación de las ciencias y las artes

LA Unesco no puede ser pedantemente “erudita” ni limitarse únicamente a la ciencia “pura” y al arte “refinado”. Y no puede ser así porque debe comprometerse con la humanidad entera y no sólo con los especialistas, las elites altamente instruidas o los raros privilegiados y porque se le ha confiado expresamente la misión de promover el ideal de igualdad de posibilidades en materia de educación, y ello es imposible si el compromiso de la Unesco con aquellas actividades humanas se reduce a alentar a los científicos y artistas y a estudiar doctamente sus notables realizaciones. Tampoco puede ser así por otra razón, y es que su Constitución se basa en el deber de promover el bienestar común de la humanidad, y éste depende fundamentalmente de la más amplia y adecuada aplicación práctica de las ciencias —físicas, biológicas, psicológicas y sociales—y, en la esfera de la satisfacción espiritual, de la aplicación de las artes.

Naturalmente, la Unesco no tiene ni el derecho ni el propósito de ocuparse de problemas específicos tales como los de nutrición y agricultura, de medicina o salud, puesto que, aunque dependen en gran parte de la ciencia, de ellos se ocupan otros organismos creados por las Naciones Unidas. Sin embargo, compete a la Unesco estudiar la base científica de tales problemas y, por ende, establecer relaciones apropiadas con una neta delimitación de sus funciones, con la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) y con la OMS (Organización Mundial de la Salud). Igual hará, por la importancia que tienen las aplicaciones de la ciencia al mejoramiento de las condiciones de trabajo, con la OIT (Organización Internacional del Trabajo) y, por su importancia militar, con la Comisión de Energía Atómica del Consejo de Seguridad.

Por otra parte, resulta claro que los problemas prácticos de la economía y de la estructura y el bienestar social, en la medida en que incumben a un organismo internacional, deben ser objeto de interés por parte del Consejo Económico y Social; mientras que ciertos sectores de la antropología social, tales como las relaciones entre culturas con distinto grado de desarrollo (lo que entraña problemas no sólo de ciencia aplicada sino también de arte y literatura y de educación), serán de interés prioritario para el Consejo de Administración Fiduciaria y de la sección del Consejo Económico y Social que se ocupa de los territorios bajo tutela.

Sin embargo, esta distribución de tareas, lejos de desembarazar a la Unesco de su cometido respecto de las aplicaciones de las ciencias y de las artes en general, lo vuelve más imperativo y ello de modo particular. Los otros órganos y organismos de las Naciones Unidas que hemos mencionado se ocupan de aspectos específicos o de problemas más amplios o más especializados. Sólo a la Unesco se le ha encomendado la tarea global de estudiar y promover en su totalidad las más elevadas actividades intelectuales y sus aplicaciones y ello de manera coordinada y con sujeción a un conjunto definido de propósitos.

En consecuencia, lo que la Unesco puede hacer en esta vasta esfera de la utilización del conocimiento científico y del arte es estudiar los problemas pertinentes y dedicarse a promover los mejores medios de aplicar la teoría a la práctica y a impartir las orientaciones adecuadas para hacerlo. Los términos de *mejores* y *adecuadas* no están utilizados aquí simplemente en el sentido técnico de lo más inmediatamente eficaz sino que entrañan innegablemente un juicio de valor.

Por ejemplo, puede darse el caso de que se empleen los métodos agrícolas modernos de modo tal que a la larga resulten desde el punto de vista técnico desastrosos para la propia agricultura, porque causan el agotamiento o la erosión de los suelos; pero puede empleárselos también de manera técnicamente justa aunque socialmente errónea —porque dan origen a un exceso de población, o echan a perder la belleza natural del entorno, u originan la extinción de especies raras o interesantes de animales o de plantas, o engendran una clase de agricultores empobrecidos con niveles de vida injustamente bajos. Del mismo modo, se puede prestar excesiva atención a la utilización de los descubrimientos de las ciencias mecánicas, físicas y químicas en grave detrimento de las artes, de la justa apreciación de la belleza en la vida cotidiana y de la creación artística como actividad del hombre. Pero también es plenamente posible obtener un efecto contrario cuando los prejuicios religiosos o el oscurantismo cultural erigen obstáculos en el camino de la investigación científica y de los nuevos conocimientos o en el de sus aplicaciones benéficas.

Cabe insistir en que se trata de esferas que no son de competencia expresa o directa de otras organizaciones. Ningún otro organismo de las Naciones Unidas se ocupa de la importante cuestión de velar por la

aplicación apropiada y cabal de las artes, ni está encargado de satisfacer las necesidades humanas en materia de gozo estético, trate-se de la belleza natural o del entorno, del embellecimiento de la vida cotidiana, de edificios y ciudades o de las grandes obras de pintura, música y literatura. Ninguna otra organización se ocupa tampoco de ciertas aplicaciones de la ciencia tan importantes como la adquisición de la disciplina mental necesaria para alcanzar la llamada experiencia mística y otros altos niveles de satisfacción espiritual ni de la aplicación de la psicología a las técnicas de gobierno o para prevenir la deformación o la explotación abusiva del sistema democrático.

De ahí que en esta esfera general la Unesco deba perseguir tres objetivos principales. El primero, descubrir cuáles son las aplicaciones de la ciencia y del arte que no competen a otros organismos de las Naciones Unidas y escoger aquellas cuya promoción o estudio considere más importante. El segundo, estudiar las aplicaciones prácticas de la ciencia y del arte como un problema social especial y descubrir las razones que las impiden, frustran o deforman así como las consecuencias que puede entrañar la precipitación o la lentitud excesiva con que se las efectúe. Tal estudio puede contribuir considerablemente a promover la eficacia técnica de este proceso —problema que será cada vez más urgente debido al incremento de los conocimientos científicos y a la creciente complejidad de la sociedad. Y el tercer objetivo, el más importante quizás aunque el más difícil de alcanzar, es relacionar las aplicaciones de la ciencia y del arte con una escala general de valores y con cada uno de éstos a fin de asegurar que en cada esfera aquellas se realicen con la proporción y el ritmo adecuados.

Si llega a cumplirse satisfactoriamente semejante tarea, y si actúan en ella los descubrimientos que se hagan en el curso de su realización, ello constituirá una de las contribuciones más importantes para encontrar y mantener la orientación justa de la evolución humana —en otras palabras, del verdadero bienestar del hombre.

Julian Huxley

Fragmento de Unesco. Its Purpose and its Philosophy, texto escrito por Julian Huxley durante unas vacaciones de quince días, poco después de haber sido nombrado Secretario General de la Comisión Preparatoria, en 1946.



Foto Unesco

Los locales de la Unesco estuvieron al principio en Grosvenor Square y Belgrave Square, en Londres, hasta que en 1946 la Organización se estableció provisionalmente en el Hotel Majestic de París. En la foto, uno de los salones del hotel transformado en sala de conferencias.

Una sede para la Unesco

EN 1945 se planteó el problema de dónde se establecería la flamante Organización. Algunos países habían expresado su deseo de acogerla, pero Francia, que seguía siendo sede del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (IICI) creado por la Sociedad de Naciones (véase la página 6), lo manifestaba con particular insistencia e interés. El gobierno francés parecía interpretar cierta reticencia del gobierno británico a que la Organización tuviera su sede en París como un deseo de éste de establecerla en Londres. Sin embargo, tal interpretación distaba mucho de la verdad.

Sucedía que Gran Bretaña, al igual que muchos otros países, se inquietaba por el deseo de Francia de prolongar la vida del IICI que, según ella, suministraría el personal de secretaría de la Unesco. La mayoría de los gobiernos ansiaban romper completamente con las instituciones de la vieja Sociedad de Naciones. Pero al sumarse el gobierno francés a esta actitud quedó abierto el camino para que París fuera la sede de la Unesco. Los documentos que se reproducen a continuación ilustran la etapa final del proceso que condujo a semejante decisión. □

Fragments de un memorándum del Foreign Office (Ministerio de Relaciones Exteriores) británico del 30 de junio de 1945.

(...) Dudo mucho de que nos convenga tener permanentemente a nuestro cargo una organización en Londres y, en tales circunstancias, me parece importante asegurar a Francia que dichos planes^(*) no han sido en modo alguno concebidos para inducir a los Países Aliados a adoptar precipitadamente decisiones que no tomen debidamente en consideración los intereses franceses.

(*) Se trata de los planes para convocar en Londres la Conferencia que iba a crear la Unesco. NDLR

► *Carta de Léon Blum, jefe de la delegación francesa a la Conferencia de las Naciones Unidas para la creación de una Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Londres, 1º-16 de noviembre de 1945), a Clement Attlee, Primer Ministro del Reino Unido.*

Claridge's
Brook Street, W, 1.
Domingo, 4 de noviembre

Estimado amigo:

Recordará usted que el miércoles pasado, a mi llegada a Downing Street, yo acababa de visitar a nuestra amiga Ellen Wilkinson. Recordará también, sin duda, que en lo concerniente a una cuestión que nos es particularmente cara en Francia —la elección de París como sede de la futura organización de educación y de cultura—, ella me había asegurado que no habría de faltarnos el apoyo británico, con la única reserva de una posible oposición de los Estados Unidos. He hablado abiertamente con el jefe de la delegación norteamericana, Sr. Archibald MacLeish, y pude así a mi vez asegurar a Ellen Wilkinson que no tenía fundamento la oposición de principio que ella parecía temer. El Gobierno de Estados Unidos no ha adoptado ninguna decisión previa por lo cual su delegación tiene plena libertad. Y el Sr. MacLeish opina que la petición francesa será acogida por sus colegas con simpatía.

Le ruego que me excuse ponerle al corriente de este asunto, insignificante en apariencia pero algo más importante en realidad.

Renuevo a usted el testimonio de mi amistad.

Léon Blum

Tal vez tenga la suerte de volver a verle un momento antes de su partida. Me permito enviarle un ejemplar en francés del libro que escribí en el curso de uno de mis primeros periodos de prisión, cuya traducción al inglés está terminando en estos momentos William Pickles.

Respuesta de Clement Attlee a Léon Blum.

10, Downing Street,
Whitehall
7 de noviembre de 1945

Estimado amigo:

Gracias por su carta del 4 de noviembre. Como usted sabe, se está estudiando actualmente la posición británica ante el problema de la sede de la Organización para la Educación y la Cultura y espero que mis colegas podrán darle a conocer dentro de poco nuestra opinión.

Le agradezco asimismo el envío de su libro "A l'échelle humaine". Siempre lo tendré en gran estima así como la amistosa dedicatoria escrita por usted.

Ha sido para mí un gran placer volver a encontrarle después de tantos años.

Cordialmente

C. R. Attlee

[This telegram is of particular secrecy and should be retained by the authorised recipient and not passed on]

[EN CLAIR]

SPECIAL (WORLD ORGANISATION)

FROM FOREIGN OFFICE TO PARIS

No. 2712 Saving

10th November, 1945.

Repeated to: Washington No. 11340
Moscow No. 5974.

Commission 4 of the United Nations Educational Conference this afternoon unanimously decided to recommend to the Conference that Paris should be the site of the proposed Educational Scientific and Cultural Organisation.

2. The motion in favour of Paris was made by our delegation supported by the United States, Chinese, Belgian, Brazilian, Colombian and other delegates by acclamation.

3. Conference is still in Commission stage. London is recommended as site of Interim Commission which will be created to prepare for the first meeting of the new organisation.

Telegrama confidencial que el Foreign Office de Londres dirigió el 10 de noviembre de 1945 a las autoridades francesas para anunciarles la aceptación de su propuesta de acoger a la Unesco en París.

1. La Comisión 4 de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Educación decidió unánimemente esta tarde recomendar a la Conferencia que París sea la sede de la proyectada Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

2. La moción en favor de París fue presentada por nuestra delegación y apoyada por aclamación por los delegados de Estados Unidos, China, Brasil, Colombia y otros.

3. La Conferencia está trabajando todavía a nivel de Comisiones. Se ha propuesto Londres como sede de la Comisión interina que se creará para preparar la primera reunión de la nueva organización.

Fragmento del Acta Final de la Conferencia de las Naciones Unidas para la creación de una Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Tras considerar tales proyectos y proposiciones, la Conferencia redactó una Constitución que crea una Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura y un Instrumento por el cual se nombra una Comisión Preparatoria para la Educación, la Ciencia y la Cultura. La Conferencia aprobó además la siguiente Resolución:

"La Sede de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura estará en París.

"Esta Resolución no menoscabará en modo alguno el derecho de la Conferencia General a adoptar decisiones sobre esta cuestión por una mayoría de dos tercios."

11 Radio
 U. NES. CO.
 Retenez bien ces trois syllabes à consonance exotique. U. NES. CO. Vous vous souvenez peut-être de les avoir entendues prononcées déjà, mais vous les entendrez prononcées souvent dans l'avenir. Je le crois du moins, et je le souhaite. On plutôt, j'en suis sûr.

Qu'est-ce que l'U. NES. CO ?
 Les trois syllabes exotiques sont formées, par exemple vous le pensez le savez bien, par les initiales d'un titre, un peu long :
 Organisation des N. U. pour l'E. la S. la C.

L'UNESCO est un des services, un des départements de la Communauté Internationale fondée en pleine guerre, par la Charte de San Francisco les Nations Unies, à Dumbarton Oaks et à San Francisco.

Ce qui doit nous intéresser particulièrement nous Français, dans l'UNESCO, c'est son siège et son objet propre.

Son siège ?
 Au cours de la Conférence Constitutionnelle qui s'est tenue à Londres à la fin de l'an passé, la Délégation française a obtenu que le siège fût fixé à Paris. Cette décision n'a pas fait

Fragmento de una emisión de radio de Léon Blum a comienzos de 1946.

U-NES-CO

Retened bien estas tres sílabas de resonancia exótica.

U-NES-CO

Tal vez recordais haber oído pronunciarlas así. Pero las oiréis pronunciar a menudo en el porvenir.

¿Qué es la U-NES-CO?

Las tres sílabas exóticas están formadas, como habréis advertido ya, por las iniciales de un título un poco largo: *Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia¹ y la Cultura*.

La Unesco es uno de los servicios, uno de los departamentos de la Comunidad Internacional fundada en plena guerra, por las Naciones Unidas, en Dumbarton Oaks y en San Francisco.

Lo que de la Unesco debe interesarnos particularmente a los franceses es su sede y su objetivo propio.

¿Su sede?

Durante la Conferencia fundacional que se celebró en Londres a fines del pasado año, la delegación francesa obtuvo que la sede se fijara en París. Esta decisión

no hizo mucho ruido en ese momento, y lo lamento, porque es importante. Los representantes de más de 40 países, de todos los continentes, convinieron en que el París de la Liberación seguía siendo el centro natural de la cultura y de la espiritualidad internacionales. Los servicios preparatorios siguen todavía en Londres pero su instalación en París comenzará en el otoño próximo. La sede provisional será el Hotel Majestic, puesto a disposición de la Unesco por el Gobierno de la República.

¿Su objetivo?

La Conferencia de Londres lo ha definido con el más elevado espíritu. Las Naciones Unidas, que están resueltas a fundar y a organizar un mundo pacífico, comprenden que las bases de la Paz son de orden psíquico, sentimental y espiritual así como de orden político, económico y social. El espíritu de Paz es una de las condiciones, uno de los factores de la Paz. *El espíritu de Paz* supone el conocimiento y la inteligencia recíproca entre los pueblos y entraña la cooperación y la solidaridad de todos los Estados en las grandes esferas de la *Educación, del Conocimiento científico, de la Cultura General* (...)

Texto manuscrito del discurso que Léon Blum pronunció en la radio a comienzos de 1946 para presentar a los franceses la nueva Organización que acababa de crearse en Londres. Como jefe de la Delegación de su país en la Conferencia constitutiva de la Unesco, Léon Blum había obtenido que la sede de ésta fuera la capital francesa.

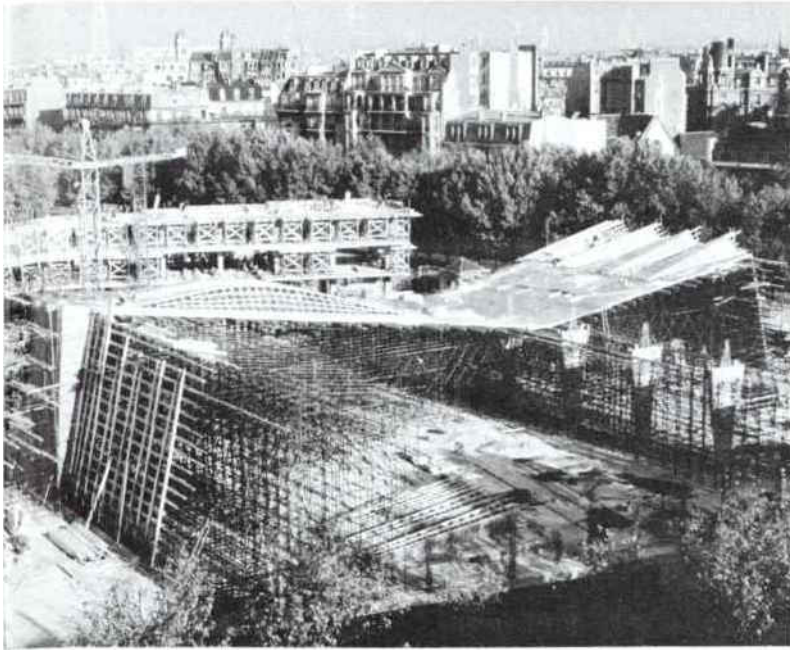
Léon Blum (1872-1950), escritor y dirigente socialista francés, presidió en 1936 el primer gobierno de Frente Popular, formado por una coalición de partidos de izquierda que se dislocó en 1938, año en que se tomó esta foto. Léon Blum, que había defendido una política de firmeza frente a Hitler, fue detenido en septiembre de 1940 y escribió en prisión su obra *A l'échelle humaine* (*En escala humana*) donde exponía su concepción humanista del socialismo y exhortaba a su partido a resistir al ocupante nazi. Deportado primero a Dachau y después a Buchenwald, fue liberado en 1945. En 1946 formó un gobierno socialista homogéneo con el que se inició constitucionalmente la IV República.



Foto René Dazy © Edimedia, París

¹ En inglés y en francés, Science, NDLR.





La Casa de la Unesco, solemnemente inaugurada el 3 de noviembre de 1958 en París, fue erigida en el solar de un antiguo cuartel de caballería detrás de la Escuela Militar; el gobierno francés donó a la Organización el terreno, de tres hectáreas de extensión. Las fotos 1 y 2 muestran la demolición progresiva de los últimos edificios del cuartel, en el extremo derecho del solar, y las primeras etapas de la construcción de la Casa de la Unesco. Los planos del edificio, obra de tres grandes arquitectos contemporáneos: Marcel Breuer (Estados Unidos), Pier Luigi Nervi (Italia) y Bernard Zehrfuss (Francia), fueron aprobados por un comité internacional del que formaban parte Le Corbusier y Walter Gropius, el fundador de la célebre escuela de arquitectura del Bauhaus. Las fotos 3 y 4 muestran dos momentos de la construcción del edificio de conferencias, bella estructura de muros acanalados de altura desigual, inclinados hacia el exterior y que sostienen los extremos de una techumbre en acordeón cuyos dos planos asimétricos se apoyan en el centro en seis pilares de hormigón armado. En la foto 5, el vuelo de la fachada sudoccidental del edificio, en cuya construcción se emplearon más de cien toneladas de hormigón, considerado como "un triunfo de la ingeniería imaginativa".

Fotos 1, 2 y 3 R. Szczesnowicz. Unesco
Foto 4: Unesco
Foto 5: © G. Bozelec





Foto Unesco-Eclair Mondial

La Unesco comenzó a existir oficialmente el 4 de noviembre de 1946, al convertirse Grecia en el vigésimo estado que depositaba el instrumento de ratificación en el Foreign Office de Londres. En esa fecha, que El Correo de la Unesco conmemorará el próximo año, un gran ideal se convirtió

en una realidad práctica. La primera Conferencia General de la Unesco se inició en París tres semanas después, el 20 de noviembre. En la foto, la sesión inaugural de la Conferencia, celebrada en uno de los grandes anfiteatros de la Sorbona.

Tarifas de suscripción :

1 año : 68 francos (España : 1.650 pesetas). 2 años (únicamente en Francia) : 120 francos. Tapas para 12 números (1 año) : 52 francos. Reproducción en microfilm (1 año) : 150 francos.

Redacción y distribución :

Unesco, place de Fontenoy, 75700 Paris.
Los artículos y fotografías que no llevan el signo © (copyright) pueden reproducirse siempre que se haga constar "De EL CORREO DE LA UNESCO", el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán enviarse a EL CORREO tres ejemplares de la revista o periódico que los publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a quien las solicite por escrito. En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de las Naciones Unidas ni de la Unesco.

Subjefe de redacción :

Olga Rödel

Secretaria de redacción :

Gillian Whitcomb

Redactores :

Español : Francisco Fernández-Santos (París)
Jorge Enrique Adoum
Francés : Alain Lévêque (París)
Neda el Khazen
Inglés : Howard Brabyn (París)
Roy Malkin
Ruso : Nikolai Kuznetsov (París)
Arabe : Sayed Osman (París)
Alemán : Werner Merkli (Berna)
Japonés : Seiichiro Kojimo (Tokio)
Italiano : Mario Guidotti (Roma)
Hindi : Rajmani Tiwari (Delhi)
Tamul : M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Hebreo : Alexander Broido (Tel-Aviv)
Persia : Hossein Razmdyu (Teherán)
Portugués : Benedito Silva (Rio de Janeiro)
Neerlandés : Paul Morren (Amberes)
Turco : Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu : Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán : Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo : Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)
Coreano : Paik Syeung-Gil (Seúl)

Swahili : Domino Rutayebesibwa (Dar es-Salam)
Croata-Servio, esloveno, macedonio y servio-croata : Vitomir Sudarski (Belgrado)
Chino : Shen Guofen (Pekín)
Búlgaro : Goran Gotev (Sofía)
Griego : Nicolas Papageorgiu (Atenas)
Cingalés : S.J. Sumanaskara Banda (Colombo)
Finés : Marjatta Oksanen (Helsinki)
Sueco : Inger Raaby (Estocolmo)
Vascuense : Gurutz Larrañaga (San Sebastián)
Tai : Savitri Suwansathit (Bangkok)
Braille : Frederick H. Potter (París)

Documentación : Christiane Boucher

Ilustración : Ariane Bailey

Composición gráfica : Georges Servat

Promoción y difusión : Fernando Ainsa

Proyectos especiales : Peggy Julien

La correspondencia debe dirigirse al director de la revista.

Los grandes problemas del mundo y la Unesco

El Director General de la Unesco, señor Amadou-Mahtar M'bow, expone en esta obra las principales orientaciones de la acción de la Organización durante el decenio de 1980, basadas en un análisis de los más apremiantes problemas del mundo actual, como se desprende del simple enunciado de sus capítulos: Un espacio planetario; Asimetrías y desigualdades; El sistema económico internacional; La paz y la carrera armamentista; Los derechos humanos; El medio ambiente y los recursos naturales; La comunicación entre hombres y culturas; La ciencia, la tecnología y la sociedad; El crecimiento en discusión; La identidad cultural; Educación y sociedad; Incertidumbre y renovación de los valores; Los retos; y Misiones de la Unesco de 1984 a 1989.



124 p. 20 FF.

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en las librerías o directamente al agente general de la Organización. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

ANGOLA. (República Popular de) Casa Progresso/Secção Angola Media, Calçada de Gregório Ferreira 30, c.p. 10510, Luanda BG, Luanda.

ARGENTINA. Librería El Correo de la Unesco, EDILYR S.R.L., Tucumán 1685 (P.B. "A") 1050 Buenos Aires.

Correo Argentino	CENTRAL (B)	TARIFA REDUCIDA CONCESION No. 274
		FRANQUEO PAGADO CONCESION N° 4074

BOLIVIA. Los Amigos del Libro, casilla postal 4415, La Paz; Avenida de las Heroínas 3712, casilla postal 450, Cochabamba.

BRASIL. Fundação Getúlio Vargas, Editora-Divisão de Vendas, caixa postal 9.052-ZC-02, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, R.J. (CEP. 20000). Livros e Revistas Técnicos Ltda., Av. Brigadeiro Faria Lima, 1709 - 6° andar, Sao Paulo, y sucursales: Rio de Janeiro, Porto Alegre, Curitiba, Belo Horizonte, Recife.

COLOMBIA. Instituto Colombiano de Cultura, carrera 3ª, n° 18/24, Bogotá.

COSTA RICA. Librería Cooperativa Universitaria, Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio", San José; Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Edificio Metropolitano 7° piso, apartado 10227, San José.

CUBA. Ediciones Cubanas, O'Reilly n° 407, La Habana. Para *El Correo de la Unesco* solamente: Empresa COPREFIL, Dragones n° 456, e/Lealtad y Campanario, Habana 2.

CHILE. Editorial Universitaria S.A., Departamento de Importaciones, casilla 10220, Santiago. Librería La Biblioteca, Alejandro 1,867, casilla 5602, Santiago 2; Editorial "Andrés Bello", Av. R. Lyon 946, casilla 4256, Santiago.

REPUBLICA DOMINICANA. Librería Blasco, Avenida Bolívar, no. 402, esq. Hermanos Deligne, Santo Domingo.

ECUADOR. Revistas solamente: DINACOUR Cia. Ltda., Santa Prisca n° 296 y Pasaje San Luis, Oficina 101-102, Casilla 112b, Quito; libros solamente: Librería Pomaire, Amazonas 863, Quito; todas las publicaciones: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correos 3542, Guayaquil.

ESPAÑA. MUNDI-PRENSA LIBROS S.A., Castelló 37, Madrid 1; Ediciones LIBER, Apartado 17, Magdalena 8, Ondárroa (Vizcaya); DONAIRE, Ronda de Outeiro 20, apartado de correos 341, La Coruña; Librería AL-ANDALUS, Roldana 1 y 3, Sevilla 4; Librería CASTELLS, Ronda Universidad 13, Barcelona 7.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA. Unipub, 205, East 42nd Street New York, N. Y. 10017. Para *El Correo de la Unesco*: Santillana Publishing Company Inc., 575 Lexington Avenue, Nueva York, N.Y. 10022. Para libros y periódicos: Box 433, Murray Hill Station New York, N. Y. 10157.

FILIPINAS. The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632, Manila, D-404.

FRANCIA. Librairie de l'Unesco, 7, place de Fontenoy, 75700 Paris (C.C.P. Paris 12.598-48).

GUATEMALA. Comisión Guatemalteca de Cooperación con la Unesco, 3ª Avenida 13-30, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala.

HONDURAS. Librería Navarro, 2ª Avenida n° 201, Comayagua, Tegucigalpa.

MARRUECOS. Librairie "Aux Belles Images", 281, avenue Mohammed V, Rabat; *El Correo de la Unesco* para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 19, rue Oqba, B.P. 420, Rabat (C.C.P. 324-45).

MEXICO. Librería El Correo de la Unesco, Actipán 66, Colonia del Valle, México 12, D.F.

MOZAMBIQUE. Instituto Nacional do Livro e do Disco (INLD), Avenida 24 de Julho, 1921, r/c e 1° andar, Maputo.

NICARAGUA. Librería Cultural Nicaragüense, calle 15 de septiembre y avenida Bolívar, Apartado 807, Managua; Librería de la Universidad Centroamericana, apartado 69, Managua.

PANAMA. Distribuidora Cultura Internacional, apartado 7571, Zona 5, Panamá.

PARAGUAY. Agencia de Diarios y Revistas, Sra. Nelly de García Astillero, Pte. Franco 580, Asunción.

PERU. Librería Studium, Plaza Francia 1164, apartado 2139, Lima; Librería La Familia, Pasaje Peñaloza 112, apartado 4199, Lima.

PORTUGAL. Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70-74, Lisboa 1117 Codex.

PUERTO RICO. Librería Alma Mater, Cabrera 867, Río Piedras, Puerto Rico 00925.

URUGUAY. EDILYR Uruguaya, S.A., Maldonado 1092, Montevideo.

VENEZUELA. Librería del Este, Av. Francisco de Miranda 52, Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas 1060-A; La Muralla Distribuciones, S.A., 4a. Avenida entre 3a. y 4a. transversal, "Quinta Irenalis" Los Palos Grandes, Caracas 106.

En el corazón de París, la Unesco

